



DOBLE O SENCILLO

Fue como una maldición.

Yo pretendía escapar de New York a toda costa, después de las terribles veinticuatro horas agotadoras que había vivido en la ciudad, en las que me habían perseguido gigantescos cocodrilos mulantes, sádicos de película, locos armados, pandillas de jóvenes delincuentes…

Me van a permitir que no les cuente detalladamente el infierno que había vivido en mi anterior jornada, pero la última vez que lo intenté, me ocupó casi noventa páginas. Es el número 25 de esta colección, se llama ¡VACACIONES, MALDITAS VACACIONES! Y lo podrán comprar en su quiosco a un precio bastante asequible.



Indiana James

¿Doble o sencillo?

Bolsilibros - Indiana James - 26

ePub r1.0
LDS 07.05.18

Título original: *¿Doble o sencillo?*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Fue como una maldición.

Yo pretendía escapar de New York a toda costa, después de las terribles veinticuatro horas agotadoras que había vivido en la ciudad, en las que me habían perseguido gigantescos cocodrilos mulantes, sádicos de película, locos armados, pandillas de jóvenes delincuentes…

Me van a permitir que no les cuente detalladamente el infierno que había vivido en mi anterior jornada, pero la última vez que lo intenté, me ocupó casi noventa páginas. Es el número 25 de esta colección, se llama ¡VACACIONES, MALDITAS VACACIONES! Y lo podrán comprar en su quiosco a un precio bastante asequible.

En resumen les diré que había decidido tomar un descanso, abandonar por unos días mi ajetreada y peligrosa vida, y tomarme un respiro en un sitio tranquilo y reposado como es New York.

Sólo unas cuantas horas después de haber adoptado esta decisión me hallaba nerviosamente en el mostrador de «Vuelos Inmediatos», pidiendo un pasaje para el primer avión que abandonase la ciudad.

Sólo buscaba un poco de paz y tranquilidad: me daba igual que el vuelo me dejase entre antropófagos del Matto-Grosso, que entre la guerrilla sudamericana, o que el avión me depositase en medio de una reserva de feroces leones hambrientos. Yo sólo pretendía huir de la peligrosa New York. Y cuando me vi a bordo del avión, respiré tranquilo, procuré no darle conversación a mi interlocutor, y me dispuse a descansar y comenzar mis vacaciones, sin preocuparme el lugar al que me dirigía.

Pero aquél no era mi día.

Una vez había logrado calmar mi agitado pulso, tranquilizar mi

respiración y Conciliar el sueño, la voz del capitán me despertó de una forma muy poco amable:

—Señores pasajeros: debido a problemas meteorológicos, nos vemos obligados a regresar al aeropuerto Kennedy, donde serán debidamente informados de la hora en que este avión reemprenderá su vuelo. Rogamos disculpen las molestias causadas, deseamos que la espera sea breve, y que tengan un feliz reinicio de su viaje.

El tiempo había decidido jugarme una mala pasada, devolviéndome a New York.

Estuve; durante casi dos horas esperando que el panel electrónico roe anunciara que podía embarcar nuevamente, pero se limitó a aplazar el despegue unos minutos más. Y otros más, un cuarto de hora, diez minutos… hasta que, por fin, apareció el fatídico letrero de VUELO CANCELADO.

Me dirigí tristemente al mostrador de billetes para que me reintegraran el importe del mío… y me dispuse a permanecer en New York durante unas horas.

Pero… ¿Dónde esconderme? *¿A* quién acudir en busca de socorro?

Mi apartamento había sido destrozado por un excombatiente de Viet-Nam.

A mi habitual protectora Zenna Davis la había abandonado en plena pelea con una vecina mía que había querido, ella también, protegerme y ayudarme.

Y, además, no tenía ganas de ver a nadie conocido: quería permanecer de vacaciones sin meterme en más problemas.

Recordé que el teléfono de mi apartamento había sucumbido bajo las balas del «Marine».

Sí, New York puede ser la más terrible de las junglas, pero también se puede convertir en una isla desierta con la sola condición de no tener teléfono, ni abrir la puerta de la calle.

—¿A cuál de mis amigos se le puede ocurrir buscarme en casa? —. Iba preguntándome en el taxi que me llevaba hasta mi hogar. —¡A nadie! Todos me imaginan montando una caravana de esquimales hacia el polo Sur, o defendiendo a la Tierra, de una invasión de alienígenas… ¡Sí, en ningún sitio estaría tan escondido como en mi casa!

Lo único que tendría que hacer era ordenar mi destrozado

apartamento y después, ¡podría estar días enteros sobre la cama leyendo sin interrupciones!

Pedí al taxista que me dejase frente a un *drugstore* que permanecía abierto las veinticuatro horas, y me dediqué a preparar una despensa que hubiera servido para alimentar a un ejército después de la Guerra Atómica.

Llegué a mi apartamento procurando no ser visto ni por mi entrometida portera, ni por mi vecinita dispuesta a cuidar de mí.

Dejé las bolsas en el suelo, y me apoyé en el marco, buscando las llaves en mis bolsillos. Sin pretenderlo, di un codazo en la puerta, y ésta se abrió. Para mi sorpresa, el salón estaba completamente limpio y en orden.

Aquí y allá faltaban gran cantidad de cosas que seguramente habían sido rotas por los disparos del excombatiente, y que mi anónimo salvador, habría arrojado a la basura sin ningún miramiento.

El suelo estaba más limpio de lo que lo había visto jamás.

Me sorprendió oír unas risitas en mi estudio y avancé hacia allí procurando no hacer ruido.

Mi portera estaba sentada frente a mi escritorio, completamente sonrojada, y con una sonrisa de satisfacción en los labios, mientras leía atentamente una de mis novelas.

Yo también me sonrojé al ver lo que estaba curioseando: se trataba de una colección de cuentos pornográficos que, en un momento de falta de liquidez, había tenido que escribir para un editor de Miami.

Tardé unos minutos en hacerle sentir mi presencia, ya que no quería cogerla «in fraganti».

Por fin, opté por el típico carraspeo desde la otra habitación, a la vez que pisaba con fuerza acercándome al dintel de la puerta.

La portera me miró sorprendida… Después reaccionó airadamente: se levantó fulminándome con la mirada, a la vez que se acercaba a mí blandiendo mis escritos.

—¿Cómo se atreve a escribir estas marranadas? ¿Disfruta haciéndolo?

—¿Por qué las leía, si tanto le desagradan? —Contra ataqué.

—No las estaba leyendo. Al ver que usted se iba, decidí ordenar su apartamento y estaba repasando estos papeles para ver si servían

o podían tirarse.

No. Aquella «bruja» había entrado en mi casa para fisgonear. Llevaba años muriéndose de ganas por hacerlo, pero no podía culparla: yo era el responsable por haberme largado sin que un cerrajero hubiera dejado mis tesoros a salvo de la curiosidad de la gente. Decidí llegar a un acuerdo con ella: yo no contaría a nadie sus gustos literarios, si ella se comprometía a espantar a cualquier posible visita.

A regañadientes, ya que significaba reconocer que le gustaban mis «marranadas», se avino al pacto. Hecho esto, abandonó mi nido de ermitaño y yo me dispuse a «alojarme» durante varios días entre las sábanas de mi cama.

Me acerqué a mi biblioteca y seleccioné lectura para varios días: *Translation*, de Stephen Marlowe, A *perfect spy*, de John le Carré, ¡*Scoop*!, de Evelyn Waugh y *The disenchanted*, de Budd Schulberg. Un cóctel perfecto: terror, espionaje, humor y el Hollywood de los viejos tiempos. Antes de zambullirme dentro de la cama, hice una curiosa instalación, consistente en llevar mi frigorífico hasta la cabecera de mi cama, de tal forma que no tuviera que levantarme de ella, para coger una cerveza. Sobre la mesilla amontoné cacahuetes, patatas fritas, latas de aceitunas, de escabeche, tabletas de chocolate, galletas; pan.

Y me dispuse a invernar.

¡¡¡RIIIINNGGG!!!

¡Me había olvidado de descolgar el maldito aparato!

Quien fuera que llamase, o estaba seguro de encontrarme en casa, o había dejado el teléfono descolgado sobre la mesa, una vez marcado mi número.

¡¡¡RIIINNNGGG!!!… ¡¡¡RIIINNNGGG!!!…

Aquel monótono ruido durante cinco minutos era capaz de romper los nervios del más profundo de los sordos.

Coloqué la cabeza bajo la almohada, decidido a dejar descolgado el teléfono, nada más terminase de repicar.

¡¡¡RIIINNNGGG!!!… ¡¡¡RIIINNNGGG!!!…

Ni siquiera la almohada era capaz de aislarme de aquel estridente sonido. De un manotazo aparté la sábana y me dispuse a descolgar, decir que se habían confundido y dejar el aparato desconectado.

—¡Dígame! —Grité con voz de Caperucita Roja perdida en el bosque.

—¡Indiana James, muchacho! Me alegra encontrarme con alguien que tiene sentido del humor. Cada vez es más…

—Se confunde. —Dije apresuradamente.

—Difícil encontrar personas que no están agobiadas por la gran ciudad. No me cabe ninguna duda de que usted es un hombre de espíritu…

—Oiga. Creo que… —Intenté atajar la verborrea.

—… joven, capaz de encajar todos los golpes de la vida con una sonrisa en los labios. Un hombre hecha a sí mismo, fuerte para soportar…

Aquel tipo era incapaz de dejar hablar a otra persona

—… todas las desdichas que…, —proseguía sin cesar.

—¡¡¡BASTAAA!!! ¿Puedo saber quién es usted?

—Me llamo Samuel J. Crane III, pero todos me llaman Sam J. Soy amigó de Oliver Hodgson. ¿Lo recuerda?

Sí, claro que lo recordaba. Se trataba de un excéntrico millonario que me había pagado muy generosamente, porque fuera a buscarle a Estambul, un libro que él no estaba seguro de que existiera. Un libro que yo no había encontrado.[1]

—¿Qué tal está *Mr*. Oliver? —Pregunté procurando no ser descortés.

—Muy bien. Él es quien me ha dado, su dirección y sus señas. Estoy buscando a una persona que…

—Lo siento. —Repliqué amable pero enérgicamente—. En estos momentos no puedo disponer de mi tiempo, Estoy metido en unos asuntos que.

—Ponga usted el precio. —Me contestó Sam J.— Estoy acostumbrado a comprar a espíritus más fuertes que usted.

Si aquel tipo pretendía contratarme, no iba por buen camino.

—Puede poner un montón de billetes tan alto como la estatua de la Libertad, y no trabajaré para usted. —Repliqué.

—Vamos, amigo… ¡Ustedes los aventureros siempre están sin un centavo ni para emborracharse! ¡Le ofrezco cien mil dólares!

—No.

—Yo sé que usted es una persona muy especial, que a Oliver le costó convencerle, pero… ¡Nadie rechaza una propuesta de Sam J.!

¡¡¡CLICK!!!

Le colgué en sus narices. Oliver Hodgson había utilizado el ingenio para contratarme, pero Sam J. sólo sabía usar sus billetes.

Descolgué el teléfono y lo dejé así. Por fin podría leer en paz.

Me introduje entre las sábanas y abrí *A perfect spy* por la primera página.

¡¡¡RIIINNNGGG!!!

¡Maldita sea! Era el timbre de la puerta. Por si acaso había tenido la peregrina idea de no acudir para abrirla, la voz de la portera, me llegó desde la distancia.

—¡Es urgente, *Mr*. James! Se trata de un telegrama.

No tuve más remedio que acudir, recoger el papel, dar una propina al chico y agradecerle a la portera su gesto, a la vez que le indicaba que no me molestase ni siquiera en caso de incendio.

Abrí el telegrama.

Aburrida en Londres, voy a verte, *stop*, besos, Mary Lou.[2]

Mary Lou era una joven y rica millonaria punk. Y creo que con esas cuatro palabras está dicho todo.

Rápidamente, sin esperar mayores males me lancé al teléfono y disqué el número de su mansión en Inglaterra.

Me contestó Spencer, su mayordomo. Una persona que no hubiera movido ni una ceja en mitad del terremoto de San Francisco. Me informó de que «*Miss*» Mary Lou había salido ya con destino a New York. Y que dentro de unas pocas horas tendría el placer de saludarla en persona.

Me lancé a la ventana y escruté el cielo: un sol radiante iluminaba la mañana. ¡Desgraciadamente, su avión conseguiría aterrizar!

Aquello era un ataque en toda regla a mis propósitos de descanso y tranquilidad. Se imponía un plan rápido de actuación. Algo que me permitiera huir a toda velocidad, aunque debía de renunciar a la posibilidad del aeropuerto ya que era posible que me encontrase con ella allí. Y Mary Lou era una persona muy parecida a un chicle, cuanto más se quiere despegar uno, más difícil resulta…

Quizá si convencía a la portera con una buena propina, para que dijese a Mary Lou que no se había recibido ningún telegrama, y de que yo estaba explorando a pulmón libre las fosas de Mindanao…

Aquel plan sólo tenía el inconveniente de que tenía que salir a la escalera y alguien podría verme, pero no había otra escapatoria: era eso o el caos.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta cuando…

¡¡¡RIIIMNNGGG!!!

¡Imbécil de mí! Había dejado el teléfono colgado y listo para volver a sonar. Aunque, quizá allí estaba mi salvación. Si fuera Sam J., aceptaría encantado su propuesta, Fuera cual fuera.

Pero no. No era Sam J. Se trataba de Kobra.[3]

—¡Indy, cariño! ¡Qué alegría me da oír tu voz! Voy a estar unos meses trabajando en New York y he pensado que podría alojarme en tu casa.

—¿Con qué animal estás trabajando ahora? —Pregunté asustado.

—Con «*Flash*» y con «Speed».

—Sí, pero… ¿Qué tipo de animales son? —Repetí aún con más miedo.

—Oh, son del tipo simpático. ¡Te llevarás muy bien con ellos!

—¡DIME QUE CLASE DE ANIMALES SON! —Replique con toda la potencia de mis pulmones.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono. Después se escuchó un suspiro y, por fin, Kobra dijo:

—«*Flash*» es un encantador oso polar «cariñosísimo»… y «Speed» es un amor, es un rinoceronte enano «divertidísimo»…

No escuché ni una sola palabra más. Me limité a decir a toda velocidad por el teléfono:

—Mi casero no me deja tener animales en casa y yo salgo para la Tierra de Fuego dentro de cinco minutos. Lo siento. Otra vez será.

Y colgué rápidamente. Ahora sí que no me cabía ninguna duda de que debía salir de New York a toda velocidad.

En treinta segundos metí en mi macuto todas las escasas pertenencias que me acompañan en mis aventuras, llamé a un taxi por teléfono y corrí hacia la puerta de mi apartamento.

¡¡¡RIIINNNGGG!!!

Era el teléfono, pero no lo descolgué.

¡¡¡RIIINNNGGG!!!

Ahora sonaba el timbre de la puerta. La abrí dispuesto a enviar

al infierno al que estuviera llamando.

Era la policía.

—¿Indiana James? —Me preguntó uno de ellos.

—Sí. Soy yo.

—Hemos detenido a dos mujeres una tal… Zenna Davis y otra…

—Si las mantienen encerradas durante un par de horas, les estaré agradecido eternamente. —Repliqué sonriendo con felicidad. ¡No quería más mujeres en mi vida!

—Lo siento, pero dicen que usted…

—Más lo siento yo: me voy a Alaska. Ya lo arreglaremos cuando vuelva dentro de tres meses…

—Usted no se va a ningún sitio. —Dijo el que había hablado, sacando la pistola—. Usted se viene con nosotros.

El otro, el silencioso con aspecto de «Tarzán», también había desenfundado su revólver. Se colocó a mis espaldas y sentí un fuerte golpe en la nuca.

¡¡¡¡¡CRAAACCCKKKK!!!!!

Capítulo II

Desperté cómodamente sentado en un sillón de astronauta. O por lo menos, así me lo pareció a mí, a la primera impresión. En seguida descubrí que me había equivocado.

Se trataba de un sillón anatómico: mis muñecas estaban sujetas a los brazos del asiento por dos gruesas argollas metálicas, y mis tobillos también estaban amarrados. Una cinta de lona me rodeaba el pecho y otra más me mantenía sujeto por el estómago, como si se tratase del cinturón de seguridad de un avión.

Este «trono» estaba situado en medio de una habitación blanca, completamente desprovista de mobiliario, y en el que sólo se veían una puerta y una pequeña rejilla que correspondía al aire acondicionado.

Di un par de gritos, intentando llamar la atención de quien fuera que me estuviera vigilando, pero el sonido quedó amortiguado por las paredes. Allí podía estallar una bomba atómica, y no molestaría al que estuviera leyendo en la habitación contigua.

Sólo de una cosa estaba seguro: aquello no era un calabozo de una comisaría de New York. He visto varias por dentro y puedo asegurar que ninguna de ellas reúne las condiciones higiénicas de esta habitación. Más parecía la celda de un hospital psiquiátrico, que una cárcel.

Lo único que hacía falta era que un enfermero me administrara un calmante para el horrible dolor de cabeza que me había dejado el encuentro con los dos policías.

—¿A qué hora se come en este hotel? —Pregunté a gritos, intentando demostrar con mi broma que no estaba asustado.

Una luz roja comenzó a parpadear junto a la puerta. Después, ésta se descorrió silenciosamente dejando paso a los dos policías

que me habían «detenido».

Al verlos venir hacia mí, los pude estudiar con mayor detalle que la vez anterior. El que había hablado era bajito y moreno, cejijunto, y una abundante pelambrera qué le nacía a sólo Unos pocos milímetros por encima de las cejas. Por los puños de su camisa aparecía también, una abundante mata de pelo, así como por el dorso de sus manos y dedos.

El otro era alto y atlético, pelo castaño y ojos claros. Éste era el qué me había golpeado por la espalda.

Eran como Tarzán y «Chita» sólo que aquí era el mono quien llevaba la voz cantante.

—¿Ya has despertado, amigo? —Me preguntó con una sonrisa más falsa que una moneda de 4,37 dólares.

—Bueno, hubiera dormido un rato más, pero tengo que madrugar para ir al trabajo. —Repliqué con otra sonrisa.

—Así me gusta, que tengas ganas de hablar, porque nosotros tenemos que hacerte muchas preguntas. —Dijo Chita.

—Antes de comenzar la reunión, encargadme un par de tazas de café, tostadas con mantequilla y mermelada de naranjas amargas y…

Yo fui quien se quedó amargo.

Chita desplegó un ejemplar del *New York Times* ante mis ojos. Allí, en primera página, estaba yo.

Primero una foto de cara que me había sacado para el pasaporte.

A su lado, y mucho más grande, otra foto en la que se veía como YO LE ESTABA DISPARANDO UN TIRO EN EL ESTOMAGO AL PRESIDENTE DE LOS EE. UU.

Yo. Yo era el protagonista. ¡Y perfectamente reconocible!

Los titulares decían: EL PRESIDENTE ASESINADO POR UN DESCONOCIDO QUE LOGRO ESCAPAR.

El artículo lo firmaba Zenna Davis.

Yo me quedé con la boca tan abierta que me hubiera podido tragar una tostada sin morderla.

—¿Quién te ha pagado? —Preguntó Chita—. ¿Los comunistas? ¿Gaddafi? ¿Los ecologistas? ¿La Trilateral?

Nunca he sido experto en política internacional, pero Chita tenía aún menos conocimientos que yo.

—Nadie me ha pagado, pero…

—¡Ahahá! Lo has hecho gratis… ¿Por qué motivo? ¿Quiénes son tus cómplices? ¿Cómo preparaste el plan?

—Yo no he sido… —Comencé a decir.

—No llevas buen camino. De momento no tenemos ninguna pista, ningún indicio, tenemos que investigarlo todo. Sólo sabemos una cosa; que has sido tú. Así que empecemos a partir de ahí. ¿Por qué motivo?

Todavía no me había repuesto de la sorpresa que me acababa de llevar. Así que en lugar de contestar a sus preguntas me dediqué a contraatacar. Necesitaba alguna pista para mi propia investigación.

—El periódico informaba de que el «desconocido escapó». Vosotros decís que he sido yo y, además, me tenéis preso. ¿Cómo es eso?

—Estás en una habitación insonorizada del Pentágono. —Comenzó a decir lentamente Chita—. Si no fuera así podrías escuchar los gritos de miles de gargantas pidiendo justicia. El FBI, la CIA, la Guardia Nacional, los Marines, los Boinas Verdes… ¡Todas las unidades militares están en estado de Alerta Roja! Cuando se sepa quién es el causante de la muerte del presidente, se pueden producir desórdenes civiles. Si decimos que ha sido un «chicano», millones de personas se lanzarán al asalto de las viviendas de los «hispanos» buscando venganza. Si decimos que han sido los ecologistas y pacifistas… ¡Bueno! Será un baño de sangre… Por eso estás tú aquí; para dar tiempo a que el ejército tome posiciones. Para eso, y para contestar a nuestras preguntas.

Yo comenzaba a dudar de todo lo que había leído. ¿Y si era cierto que yo había matado al presidente? ¡No recordaba nada! Quizá el golpe de Tarzán me había producido amnesia y…

—¿Puedo volver a ver el periódico? —Pregunté mansamente.

—¿Pretendes regodearte? —Dijo Chita.

—No. Lo que ocurre es que no recuerdo nada. Quizá al ver la foto con más detalle, me vuelva la memoria.

Chita hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Tarzán volvió a mostrarme el periódico.

Sí. Era yo. No cabía ninguna duda. Pero… si el artículo lo había escrito Zenna con la foto delante… ¿Por qué decía que yo era un desconocido? Mis ojos vagaron por la primera página del periódico buscando una pista, algo… Me fijé en la fecha: ¡Diez de agosto!

El día en que Tarzán me había golpeado en la cabeza era… ¡El diez de julio!

¿QUE ME HABÍA SUCEDIDO EN AQUEL MES?

—Me ha ocurrido algo muy extraño… —Comencé a decir sin atreverme a continuar. ¿Cómo convencer a aquellos tipos de lo que me estaba sucediendo?

Los dos intercambiaron un gesto, y Tarzán se dirigió hacia la puerta.

—Veo que no estás dispuesto a colaborar. —Me dijo Chita—. No tendremos más remedio que acudir a otros procedimientos…

Después quedó sumido en un mutismo absoluto.

Tarzán tardó más de diez minutes en volver. Cuando lo hizo, venía acompañado por un médico, un hombre con una bata blanca y una gigantesca jeringuilla en las manos.

—¿Qué van a hacer? —Grité pataleando locamente.

—Tranquilo. Indiana. —Me susurró Chita—. Tanto si has perdido la memoria, como si estás mintiendo, nosotros no podemos perder más tiempo. Te vamos a inyectar un suero de la verdad. Entonces contestarás a todas nuestras preguntas…

Me relajé. La única esperanza que tenía era que, al despertarme, alguien me contara lo que yo había dicho.

Clavaron la aguja en mi brazo, y conforme el líquido fue entrando en mis venas, sentí una tremenda relajación.

Una voz en la lejanía, comenzó a hacerme preguntas… preguntas…

—Indiana… ¿Meeee escúchasssssssss?

Eso fue lo último que recuerdo.

No sé cuánto tiempo tarde en despertar. Lo que sí sé, perfectamente, es en dónde lo hice.

EN LA APESTOSA BODEGA DE UN BARCO MERCANTE.

Permanecí un rato intentando convencerme de que aquello era cierto. Fuera había de hacer una buena tempestad ya que el barco se agitaba con fuerza. En la lejanía podía oír el ruido de las olas y, de vez, en cuando, el rápido paso de alguien por las escaleras metálicas.

—Sí, no había ninguna duda: estaba en un barco.

Pero… ¿Qué había sido de Chita y Tarzán? ¿A dónde me llevaban? ¿Para qué? ¿Qué era lo que había contado a los «hombres

del Pentágono»?

Todo eso eran preguntas sin respuesta. Más valía que me dedicase a estudiar la forma de escapar de allí.

Estaba encadenado a la pared, por mi brazo derecho, dejando el izquierdo libre. En el infame y maloliente cuartuchoˆ no había nada más que una débil bombilla que se balanceaba al ritmo del barco.

La cadena era lo suficientemente larga como para que yo pudiera recostarme sobre un colchón que habían dejado en el suelo, y para acercarme a una lata en la que hacer mis necesidades.

Me habían quitado el reloj, el macuto, mis cigarrillos… ¡todo! Así que me resultó imposible saber el tiempo que transcurrió desde que desperté, hasta que oí que alguien abría la puerta.

Se trataba de un chino que me sonrió amablemente, dejó en el suelo una escudilla, y la empujó con el mango de la escoba hasta que estuvo al alcance de mi mano izquierda.

—¡Eh! ¿Adónde me lleváis? ¡Quiero hablar con el capitán!

El chino me sonrió como si yo hubiera alabado la bondad de la cocina de a bordo, y cerró la puerta.

La comida era una especie de estofado de frijoles con algún trozo de carne. En medio de aquello el chino había «clavado» un vaso metálico lleno de agua a la temperatura ideal para prepararse un té.

Lo cierto era que mi estómago llevaba un buen rato protestando, así que decidí calmarlo antes de dedicarme a pensar.

El potaje que me habían dado para comer reunía unas excelentes cualidades: era compacto como el hormigón, tenía el sabor adecuado para un neumático de Fórmula 1, y el color de un cuadro de Van Gogh.

Aunque mi estómago pareció calmarse momentáneamente, a los dos minutos de haberle suministrado una cucharada de aquel «magma», comenzó una campaña de desobediencia civil.

Empleé varias horas intentando calmarlo, hasta que regresó el chino y, tras una nueva sonrisa, depositó en el suelo otra escudilla y se llevó la que yo apenas había vaciado.

Esta vez el cocinero se había esmerado: el color era verde césped, el sabor imitaba a la perfección el de las pastillas de alcanfor, y su textura hubiera hecho las delicias del escultor Miguel Ángel.

La operación se fue repitiendo cada varias horas. La única variedad consistió en que yo dejé de probarlo y que mi estómago, prefirió pasar hambre antes de tener que coexistir con un solo gramo de los «inventos» del cocinero.

Si hacía un cálculo sobre tres comidas al día, podía deducir que habían pasado dos jornadas desde que yo me había despertado, y nadie se había tomado la molestia de explicarme mi situación.

Se imponía, pues que yo tomase las riendas del asunto y buscase una salida airosa, ya que mi estómago empezaba a plantearse seriamente la conveniencia de digerir algo de aquella pasta.

Comencé por guardar detrás de la lata que hacía las veces de WC, unas cucharadas de potaje intensamente rojo.

Después, con mucha paciencia, destrocé una de las perneras de mi pantalón y lo convertí en una cinta de un par de metros.

Me embadurné la cara con abundante polvo del que había por el suelo.

A continuación pasé uno de los extremos de los despojos de mi pantalón, alrededor del cuello y até el otro cabo a la argolla a la que estaba sujeta la cadena.

El potaje rojo, estratégicamente colocado en las comisuras de los labios, servía de maquillaje a mi macabra representación.

Me hubiera gustado tener un espejo y observarme, aunque podía hacerme una imagen bastante cabal de mí mismo.

El rostro, demacrado por lo poco que había comido en los últimos días, oscurecido por el polvo, y con un reguero de «sangre» que salía por las comisuras de mi boca. Además yo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y las manos desmadejadamente situadas al lado de las piernas.

Conseguí mi propósito: cuando el chino trajo una nueva ración de «pesticida», creyó sonreír a un cadáver.

Abandonando todo tipo de precauciones se acercó a mí.

No necesité nada más.

Mi ¡¡¡ZZUUUMMMMMBBB!!! Se estrelló contra su estómago.

El canto de mi mano hizo ¡¡¡CRAAACKK!!! Contra su cuello.

Y, por si no hubiera bastante, mi rodilla hizo ¡¡¡CHOOOFFF!!! Contra su entrepierna.

Antes de que hubiera caído al suelo, ya estaba registrándolo en busca de las llaves del candado que sujetaba la cadena.

Las encontré rápidamente y en un segundo estaba libre de ataduras.

Cualquier persona en su sano juicio, hubiera tomado precauciones para salir. Yo no.

Salté al exterior de la bodega con el único pensamiento de conquistar la cocina y hacerme una docena de huevos fritos con pan, mucho pan, y bacon, queso, salami…

Pero no llegué a cumplir mis deseos.

Me limité a observarlo todo con la boca abierta.

No estaba en un barco, sino en una nave industrial.

La «bodega» en la que había estado preso, era una caja de madera forrada interiormente con planchas metálicas y colocada bajo una plataforma que oscilaba debido a un motor que la hacía balancearse.

El ruido del mar y el de las pisadas de las escaleras provenía de una cassette colocada sobre una mesa.

Y para colmo de desgracias… ¡No había cocina!

Hice una inspección del lugar. A través de una ventana pude ver que el barracón estaba situado en un paraje desértico, un paisaje típico de Arizona o Texas.

En una esquina de la nave, había un camastro y una mesa llena de latas de comida.

Sin preocuparme de mi entorno busqué un abrelatas y me preparé un menú que hubiera hecho vomitar a un paria de la India, pero que a mí me pareció digno del
Maxim's
de París.

¿Cómo era posible que el chino hubiera estropeado unas latas tan deliciosas?

Mientras mi estómago comenzaba a ronronear de agradecimiento, yo comencé a formularme preguntas.

¿Qué había sido de Tarzán y Chita?

¿Por qué me habían trasladado a… a… este decorado?

¿Por qué pretendían hacerme creer que estaba embarcado?

¿Dónde estaba yo en este momento: en el desierto australiano, en el Sahara, en el Valle de la Muerte, en México…?

¿Había o no, asesinado al presidente?

Por muy contento que estuviera mi estómago, aquéllas eran

demasiadas preguntas y, sobre todo, demasiado complicadas.

CAPÍTULO III

Decidí inspeccionar detalladamente la nave en la que me hallaba, en busca de algo que pudiera darme una pista sobre mi situación.

Descubrí, detrás de mi «calabozo de barco», una pequeña estantería metálica, en la que se amontonaban un buen número de herramientas, papeles, cajas, etc., y me lancé a investigarlas.

Allí, envolviendo unos destornilladores, había un periódico fechado el veinte de agosto… ¡Diez días después que el que me habían enseñado Tarzán y Chita!

¡Y parecía que llevaba algún tiempo allí!

Desde la primera página una nueva foto mía, siempre sonriendo, saludaba a los lectores.

Un nuevo artículo de Zenna Davis, enumeraba los desmanes que había cometido en los últimos días.

No se asusten de lo que van a leer. Ustedes han pasado mucho tiempo conmigo y saben que yo no soy el culpable… pero el resto de la gente del planeta debía de estar convencida de que yo era peor que Capone, Nerón, Hitler, Jack el Destapador, y un buen montón de personas que no han pasado a la historia precisamente por sus valores morales.

El periódico decía que yo era el autor de la voladura de la estatua de la Libertad, recién restaurada.

También me acusaban de haber colocado una bomba en el *Seatiger III*, un submarino atómico que se había hundido en mitad del Atlántico dejándolo todo muy contaminado.

Y de haber arrojado dos toneladas de heroína en el depósito de agua potable de la ciudad de Atlanta, con el consiguiente efecto sobre sus habitantes.

Publicaban una foto mía en el momento de abrir fuego con un

bazooka sobre Disneyworld, matando a varios centenares de personas, sobre todo niños…

No tengo que explicarles que a pesar de estar en un barracón metálico, castigado por el sol del desierto, dejé de sentir calor, y unos violentos escalofríos comenzaron a recorrer mi espalda, hasta hacerme castañetear los dientes.

Aquella historia comenzaba a tener sentido, ya podía intuir lo que me estaba sucediendo, aunque quedaban bastantes cabos sueltos y preguntas sin explicación.

«Alguien» me había secuestrado.

«Alguien» estaba suplantando mi personalidad.

Y, ese «alguien» estaba dedicado a cometer toda clase de fechorías escudado detrás de mi nombre y apellido.

Por eso me mantenían oculto, procurando que yo no supiera lo que sucedía…

Como novela, mi deducción, no. Estaba mal. Pero en la realidad fallaban algunas cosas, demasiadas.

En primer lugar eran Tarzán y Chita los que me habían secuestrado y, mientras estaba en su poder, era cuando había asesinado al presidente de los USA.

Por otra parte, si la CIA o el FBI, pretendían tenerme escondido, estoy convencido de que tienen sitios mejores y más seguros que este barracón. Además, dudaba de que tuvieran tanta imaginación.

Por otra parte… ¿Qué interés podían tener en hacerme creer que me hallaba en medio del mar? ¿Por qué no debía de saber que me hallaba en el desierto?

En aquellas dos preguntas se escondía todo el secreto de mi situación.

Dejé de calentarme la cabeza buscando preguntas sin respuesta y proseguí con mi registro de la estantería.

* * *

No había nada importante, excepto que gran parte de las herramientas estaban manufacturadas en Asia, y llevaban bien visible la impresión MADE IN HONG KONG.

Rápidamente volví a la «despensa». Todas las latas eran de la misma procedencia. ¿Me hallaba en este momento en Hong Kong? Parecía muy improbable. Si mis conocimientos de geografía no

fallaban, Hong Kong es un hervidero humano a la orilla del mar, donde es imposible encontrar una superficie desértica de la extensión de la que yo había visto desde la ventana del barracón.

Sólo había una persona que pudiera contestar a mis preguntas y aclarar mis dudas: el chino.

Volví hacia mi «celda marinera» dispuesto a interrogar al cocinero.

Subí por una escalerita hasta la plataforma de madera que sustentaba el decorado de barco, y entré en mi celda.

El chino no estaba allí.

Parecía imposible, pero había escapado.

No era fácil que hubiera ido muy lejos: he probado mis puños en todos los puntos de la Rosa de los Vientos, y sé que mi «cocinero» particular llevaba una paliza que sólo le permitiría andar a gatas.

Y, sin embargo, había escapado.

Salté de la plataforma, y estudié la situación: El chino no podía haber huido mientras yo estaba comiendo, ya que le hubiera visto bajar. Tenía que haberlo hecho mientras yo leía atentamente el periódico.

Corrí, hacia la estantería y me apoderé de una sólida llave inglesa, que blandí como si se tratase de una maza medieval.

El chino no hablaba inglés, pero estaba seguro de que, cuando me viera, entendería mi mensaje a la perfección.

Di un vistazo a mí alrededor. Era completamente imposible que mi «cocinero» estuviera allí dentro. El barracón, con la excepción de la «cárcel», la mesa y la estantería, no tenía nada más en su interior. Calculé que tendría unos cien metros de largo por veinte de ancho. En la parte delantera, cerca de la plataforma, había una puerta grande; y en la trasera, otra bastante más normal.

La grande, una puerta corredera, que originalmente serviría para dejar paso a pesados camiones, no podía haber sido abierta sin que yo lo notase. Y la pequeña…

Me acerqué a ella, apretando firmemente la llave inglesa.

La examiné con detenimiento hasta llegar a la conclusión de que llevaba bastante tiempo cerrada, ya que unas laboriosas arañas, habían tejido una inexpugnable jungla de hilos.

Si el chino no había salido por ninguna de las dos puertas, es que el chino no había salido.

Pero tampoco estaba dentro, a menos que…

¡A menos que en el suelo hubiera alguna trampilla por la que escapar, o que condujera a algunas habitaciones bajo tierra!

No sería difícil descubrirla. Aunque no muy limpio, no había grandes superficies del suelo que estuvieran ocultas. Sólo el polvo y algunos papeles lo cubrían parcialmente.

Comencé a realizar un repaso sistemático: era de cemento y no parecía fácil que tuviera alguna trampilla oculta.

Llegué hasta la puerta grande, tras haberlo examinado en su totalidad, sorprendido de no haber encontrado nada.

Ya sabía que era muy difícil que lo hubiera, pero de no ser así, no podía imaginarme por dónde había escapado mi carcelero.

—¡Maldita sea! ¿Dónde estás? ¿Qué está sucediendo? —Grité furioso.

El eco me devolvió mis propias preguntas haciéndolas aún más inquietantes y estremecedoras.

Todo aquello no tenía ni pies, ni cabeza… Parecía una pesadilla destinada a acabar con mi cordura.

Cuando el eco cesó de hacerme preguntas, un ruido lejano atrajo mi atención. Parecía un avión…

Me volví hacia la puerta y reuní todas mis fuerzas para hacerla rodar sobre sus cojinetes. Pero hacía demasiado tiempo que nadie la había hecho funcionar, y todo debía de estar oxidado.

Fue inútil. Sólo conseguí quedar agotado y resoplando como un galgo después de una carrera.

El polvo se había adueñado de todo aquel desierto barracón… de todo, menos de una parte: el engranaje de la plataforma, el que la hacía bambolearse, estaba limpio, reluciente, sin una mota de polvo… ¡Todo lo contrario que el suelo! ¿Por dónde habían entrado aquella pesada maquinaria, si no por la puerta grande?

Volví a intentarlo con los mismos resultados: la puerta no avanzó ni un milímetro.

Dejé de intentar mover la entrada, y me encaramé por una de las vigas hasta alcanzar una de las ventanas más altas.

El sol que caía en el exterior, era de castigo. Tardé unos instantes en acostumbrar mis ojos a la luminosidad del desierto y, después, pude ver un par de tanquetas todo-terreno que avanzaban hacia donde yo me encontraba. Rodaban sobre un camino que,

tiempo atrás, debía de haber sido de asfalto, pero que, ahora, compartía su superficie con piedras, rastrojos, tierra… Una de las famosas carreteras que cruzaran Arizona de punta a punta… y que parecen infinitas e interminables.

Dentro de cada uno de los vehículos, había media docena de personas fuertemente armadas: subfusiles, granadas de mano, pistolas…

Lo podía ver ya que uno de ellos estaba con todas las placas superiores abiertas para no «cocinarse» dentro de la tanqueta.

No cabía duda de que se acercaban al hangar. Desde donde yo estaba, ligeramente más elevado que la plana superficie del desierto, alcanzaba a ver una buena extensión del mismo. Y podía certificar que en un buen montón de millas a la redonda, no había nada que pudiera atraer la atención de aquel convoy.

Así que no tenía más que dos alternativas: plantarles cara o intentar huir por donde se había evaporado el chino.

Aquello último, parecía imposible.

Pero lo primero, era una auténtica locura: ¿Cómo enfrentarse con una llave inglesa, a una docena de modernos subfusiles?

¿Imposible o locura?

Elegí lo segundo.

Decidí permanecer en lo alto de la viga hasta que los soldados entrasen a buscarnos. Quizá este «escondite» me daría unos segundos de ventaja para poder estudiar la situación y decidir cuál era la mejor manera de plantarles cara.

Con gran ajetreo y polvareda, los dos coches se detuvieron ante la puerta del hangar. Los soldados descendieron lentamente, abrumados por el sol y el calor, y vi cómo se desperezaban antes de decidirse a entrar.

No parecía que supieran que dentro les aguardaba alguna sorpresa. Si el chino había conseguido escapar, no había encontrado la forma de ponerse en contacto con ellos.

Uno de los soldados, se sacudió el polvo de su traje, se colocó una gorra en la que se veía su estrella de mando, y obligó al resto de la tropa a moverse con más velocidad.

Todos comenzaron a caminar hacia la puerta. Uno de ellos, extrajo una llave de su macuto y procedió a ponerla en una cajita que había en la pared.

Desde donde yo estaba, oí un ¡CLICK! En la parte superior del portón y vi cómo éste comenzaba a desplazarse gracias a un motor eléctrico.

Luego entraron en el barracón mientras yo contenía la respiración. Todos estaban en el interior. Nadie se había quedado al cuidado de los coches.

* * *

Se acercaron a la plataforma oscilante. El capitán, el que parecía el jefe, comenzó a dar unas voces en un idioma que no fui capaz de reconocer. Sólo alcancé a comprender lo que debía de ser el nombre del chino: Chang Li.

El eco le devolvió, multiplicado, su grito.

¡Ya era hora de que yo interviniera! Si esperaba a que descubrieran que ni el chino, ni yo, estábamos en la celda, me cazarían como a un pajarito.

Me descolgué suavemente, por la viga, aprovechando que todos me daban la espalda.

Uno de los soldados estaba examinando la despensa del chino, cosa que aproveché para acercarme por su espalda y darle un abrazo al cuello mientras le tapaba la boca.

Con la mano que me quedaba libre, lancé con todas mis fuerzas la llave inglesa en la otra dirección, y me apoderé del subfusil y de las granadas de mano que llevaba «mi» soldado.

¡Aquello empezaba a igualarse!

El ruido de la llave inglesa al caer detrás de la plataforma, distrajo durante unos segundos la atención de los soldados.

El ruido de una de las granadas de mano que lancé entre ellos, les hizo lanzarse al suelo en busca de una protección inexistente.

Todo fue ruido: la llave inglesa, la granada de mano, su arrojarse al suelo, los disparos, la estantería de latas que derribé de una patada…

Y yo lo aproveché para correr con todas mis fuerzas hacia la puerta.

¡Sólo me quedaban tres granadas de mano, y tenía que saber dosificarlas!

Antes de que los soldados pudieran reaccionar yo ya estaba saltando dentro de uno de los todo-terreno.

En vez de aplaudirme por mí fenomenal carrera, aquellos tipos se dedicaron a disparar sobre mí.

Me convertí, durante unos segundos, en un pulpo.

Sin saber cómo, mis manos se multiplicaron: lancé una de las granadas, puse en marcha el vehículo, disparé sobre ellos, y comencé a conducir.

Pero tenía que impedir que me persiguieran.

Si se producía una carrera, ellos tenían casi todo a su favor.

Mi vehículo avanzaría más rápido, pero me resultaría muy difícil disparar y conducir. Además ellos debían de conocer perfectamente el manejo de estas tanquetas y yo le iba a sacar menos rendimiento que un oso polar a un triciclo.

Desafiando la lluvia de balas que se estrellaba contra la superficie acorazada de mi tanqueta, asomé la cabeza y lancé una granada de mano sobre el vehículo de ellos.

La tormenta de balas arreció mientras yo escondía mi brazo a toda velocidad.

¡¡¡¡¡¡BOOUUUUMMMM!!!!!!

Tuve la sangre fría de volver a asomarme, para ver los desperfectos que le había causado a su tanqueta.

Y descubrí que ninguno.

Había fallado mi lanzamiento.

Sólo me quedaba una granada.

Di un giro de volante y me acerqué más a su vehículo.

Varios soldados habían salido del almacén y corrían hacia el coche.

Lancé mi última granada.

¡¡¡¡¡¡BOOUUUUMMMM!!!!!!

Fallé nuevamente.

No tenía más oportunidad que huir.

Y mientras enfilaba el camino de asfalto y apretaba el acelerador con todas mis fuerzas, escuché el maligno ronroneo de la otra tanqueta al ponerse en marcha.

¡Ni un milagro podía salvarme!

CAPÍTULO IV

Sólo me cabía la posibilidad de reaccionar como si fuera un piloto de Fórmula 1, Sus balas difícilmente perforarían mis protecciones, de tal manera que mi único recurso era ser más rápido que ellos.

Me consolé pensando que si habían subido todos en la otra tanqueta, estarían avanzando a la misma velocidad que una tortuga drogada.

Durante un buen trecho, no me atreví a asomarme a la torrecilla por miedo a que sus disparos me alcanzasen, y me limité a calcular la distancia a que me seguían, por el ruido de su motor.

Pero, cinco minutos después, hice mi primera intentona.

La tanqueta no había perdido distancia con respecto a mí, más bien al contrario, parecían haber ganado terreno y tenerme cada vez más cerca de los puntos de mira de armamento.

El motivo por el que sus disparos habían amainado era que dos de los soldados estaban subidos en lo alto de la torreta, instalando una potente ametralladora. Terminando de montarla, para ser más apropiados.

No esperé a ver el resultado de sus trabajos: me metí rápidamente dentro de mi vehículo, deseando que la ametralladora no estuviera dotada de balas perforadoras.

Pero lo estaba.

Lo que, hasta aquel momento habían sido ¡BAAANG! Y ¡CLAANNNGGG! Se había convertido en ¡BBRRRROOOOMMMM! Y ¡¡¡KKKLAACCCJKKK!!!

Varias balas atravesaron el blindaje de mi todo-terreno y pasaron silbando a escasos centímetros de mi cabeza.

Posiblemente, en algún lugar de mi «coche» habría un arma similar, pero no tenía tiempo de buscarla, ni oportunidad de

montarla ni mucho menos hacer puntería sobre ellos, mientras conducía el vehículo.

No podía hacer otra cosa que rehuir sus disparos y buscar el «cuerpo a cuerpo». Y lo hice.

Yo sabía que su tanqueta iba sobrecargada de peso, y que, aunque su velocidad fuera igual a la mía, su maniobrabilidad debía de ser bastante inferior. Así que, sin notar la más mínima diferencia, abandoné el asfalto y comencé a rodar sobre la tierra del desierto, buscando dificultar la puntería del hombre de la ametralladora.

Ellos se lanzaron detrás mío con la misma facilidad que una foca se sumerge en el mar.

Yo comencé a dar volantazos y hacer bruscas eses para esquivar sus disparos.

Ellos no: siguieron avanzando en línea recta, acercándose cada vez más a mí, ganándome terreno.

No. Así no conseguiría nada.

Di otro brusco golpe de volante hacia la derecha, y quedé muy cerca de la tanqueta que me perseguía. Por unos instantes clavé mis ojos en los del soldado de la metralleta.

No me atrevería a jurar que su mirada expresaba odio, no. Más bien me recordaba al miedo de las personas ante la muerte.

Sus ojos, y todo su rostro reflejaban terror, y era imposible que yo fuera el causante de aquella sensación.

Tenía que ser miedo a que yo escapara, miedo al castigo de sus jefes, miedo a lo que le sucedería si yo conseguía huir.

Cada vez estaba más convencido de que me hallaba sumergido en una conjura internacional. «Alguien» estaba utilizando mi imagen para sus asuntos. Si yo aparecía y demostraba mi inocencia…

No pude seguir mucho rato más con estas deducciones: su tanqueta también había girado y se aproximaba a mí.

Aceleré al máximo, y avancé precipitadamente hacia el camino de asfalto que había abandonado no hacía mucho tiempo.

Ahora rodaba sobre él en dirección contraria, avanzando hacia el barracón.

Y mis ojos casi no pudieron dar crédito a lo que veían.

Unos gigantescos helicópteros de carga estaban llevándose las

pruebas de mi secuestro: «mis pruebas». El primero de ellos llevaba colgando el tejado del barracón, el segundo las paredes, y el tercero arrastraba la plataforma en la que habían instalado el simulacro de bodega de barco.

Sin darme cuenta, había levantado el pie del acelerador y pronto sentí que la otra tanqueta se avecinaba a mí.

¡Aquello era una locura! ¡No tenía ni pies ni cabeza! ¿Por qué se molestaban tanto en acabar con todas las pruebas que me permitirían hacer creíble mi historia? ¿Por qué se habían tomado la molestia de montar semejante decorado en pleno desierto de Arizona?

De acuerdo en que, amparándose en mis rasgos físicos, se habían cometido asesinatos, magnicidios… ¡Pero intentar desmontar el barracón, para que yo no pudiera demostrar dónde me habían mantenido encerrado, era algo que sobrepasaba las mentes más calenturientas!

No podía ser debido a lo que yo había hecho… tenía que tratarse de «algo» nuevo, de algún golpe que estaban preparando…

Sólo de pensarlo, la piel se me puso de gallina.

Si asesinar al presidente, y las demás cosas, sólo habían sido los preparativos, no quería ni pensar en lo que estaban tramando como «traca» final.

Pasé como una exhalación, ante el solar en el que había estado el hangar: un grupo de trabajadores provistos de taladros mecánicos estaban procediendo a arrancar el cemento del suelo.

Dentro de un par de horas, aquello sería un pedazo más de desierto y nadie sería capaz de creerme si yo contaba que allí había habido un almacén…

Era de locos. Parecía como si yo estuviera sumergido en una pesadilla horrible, sin pies ni cabeza.

Cuando me vieron pasar, todos los hombres que estaban trabajando, salieron huyendo, y se arrojaron al suelo.

No tenían por qué hacerlo. Yo no tenía ni ganas, ni medios para hacer fuego sobre ellos. Sólo quería escapar de la tanqueta, reposar unas horas, clarificar mis ideas… ¡Y salir en busca de la persona que estaba usando mi nombre!

¡BRROOOMMM!

¡KKLAAKKKK!

Los disparos de la tanqueta, me recordaban que no convenía repetir el cuento de la lechera: que antes de pensar en el cerebro de toda aquella operación, tendría que conseguir escapar de mis perseguidores.

¡Bien! ¡Pues lo haría!

Aceleré al máximo y mantuve el pie sobre el tope del acelerador un buen, rato.

Después frené en seco a la vez que daba un golpe de volante.

¡¡¡SSHHRRRIIIIIII!!!

Fue un «derrape» de los que quedan en la historia.

Mi tanque giró sobre sí mismo, hasta quedar enfilado al de mis perseguidores.

Y, entonces, volví a acelerar.

Avancé hacia ellos como un kamikaze. Hasta tuve el sentido del humor de asomar el subfusil por la ventanita que tenía ante mis ojos, y disparar sobre el soldado de la metralleta, que se perdió dentro de su tanque.

Estaba a cien metros de ellos, y ninguno nos desviábamos de nuestra ruta, avanzando de frente como dos autos de choque.

¡Cincuenta metros!

Un sudor frío comenzó a recorrerme la espalda.

¡Veinticinco metros…!

Su tanque comenzó a desviarse, primero imperceptiblemente, después de una forma mucho más acusada…

Se salió del camino dando tumbos sobre la reseca superficie del desierto. Pero, con agilidad, comenzó a girar para seguir su persecución.

¡Yo no podía consentirlo!

Giré en redondo hasta colocarme a su lado, y entonces comencé a dar volantazos en dirección a donde estaban ellos.

Los dos tanques chocaron como dos cameros metálicos.

¡KKKLLLAAANNGG! ¡SSSHHHRIIIISSSHHH!

Los costados de los dos vehículos rugían. Yo estaba seguro de que, en aquel momento, el roce de las dos carrocerías acorazadas, estaba regando de chispas la reseca superficie del desierto.

Pero no era ésta la manera en que yo podía deshacerme de ellos. Mi primer golpe no había conseguido casi desplazarlos y, sin embargo, su feroz contraataque, me lanzó a un mar de eses y

zigzagueos.

Giré en redondo confiando en conseguir escapar de ellos. No sabía, ya, lo que tenía que hacer: su tanque era más resistente, me igualaba en velocidad… mi único consuelo era que agotasen su combustible antes que yo, debido al peso que soportaban…

Y me lancé a una frenética huida. A una carrera de velocidad con la meta más allá del lejano horizonte.

Poco a poco (demasiado poco a poco), mi tanqueta se iba alejando. De seguir así, podríamos estar muchas horas persiguiéndonos.

Y, entonces, apareció mi milagro.

De detrás de uno de los montículos de tierra, apareció un beduino montado en un camello.

Sí, un beduino en un camello.

Entonces… ¡No estaba en Arizona! Me hallaba en el Sahara, o en la península Arábiga, o en Palestina…

Como si el guionista de mi pesadilla hubiera decidido confirmar todas mis sospechas, detrás del primer jinete apareció toda una banda armada.

Más de cien tuareg vestidos unos de azul oscuro, y otros de blanco que se lanzaron sobre la tanqueta de mis perseguidores, disparando sus modernos rifles automáticos.

En pocos segundos rodearon a mis enemigos, dando vueltas en torno a ellos, como hacían los indios en los «western» de la pantalla.

Yo levanté el pie del acelerador, incapaz de perderme todo aquel espectáculo.

Detuve el coche y me asomé a la torreta.

Me hallaba sobre un pequeño repecho del camino, a unos quinientos metros de los comba tientes.

Los dos se estaban dando una paliza soberana.

Varios beduinos yacían sobre el suelo, mientras sus compañeros intentaban encaramarse a lo alto del tanque.

Allí, el soldado de la metralleta, ayudado por tres compañeros más, se dedicaban a disparar sobre los tuareg y a impedir a culatazos, que consiguieran posar sus pies sobre el vehículo.

Fue en aquel momento cuando apareció una bandera blanca en lo alto de la torreta.

Los disparos comenzaron a espaciarse, hasta desaparecer

completamente.

Los beduinos rodearon el tanque en perfecta formación circular.

Vi cómo los soldados, con las manos en alto, comenzaban a asomar por la torre de la tanqueta y saltaban al suelo.

Después llegó la orgía de sangre.

Los tuareg pasaron a cuchillo a todos los soldados que se habían rendido.

Yo lo contemplé todo desde mi inseguro puesto de mando, hasta que no pude aguantar más, y de mi garganta salió un desgarrado grito:

—¡Bastaaaaa!

A la vez, comencé a correr hacia ellos.

Aquellos soldados habían intentado matarme, y habían estado a punto de conseguirlo, pero eso no era suficiente como para contemplar su muerte sin intentar nada.

Los beduinos se detuvieron y me miraron.

Varios de los tuareg, se dirigieron hacia mí, haciendo galopar sus cheposas monturas a toda velocidad.

Me detuve en seco, giré e intenté volver al tanque, pero no pude conseguirlo.

Uno de los hombres de los camellos, ya se había situado entre el tanque y yo, impidiéndome alcanzarlo y apuntándome al pecho con su arma.

Cinco jinetes más me rodearon amenazantes, y me obligaron a girarme dando la espalda a la masacre.

Los cinco minutos siguientes estuve escuchando los gritos de los soldados degollados.

A continuación, los cargaron en los camellos, junto con los cadáveres de los beduinos y formaron una caravana que se fue alejando y perdiendo en la lejanía.

Yo quedé solo, rodeado por dos docenas de hombres sobre camellos, que me miraban penetrantemente, y de los que sólo podía ver sus ojos, lo único de ellos que permanecía descubierto.

El que parecía el jefe, se me acercó y me tendió un pellejo de agua. Lo rechacé. Tenía mucha sed, pero no quería compartir nada con aquellos asesinos.

A una señal del jefe, tres de ellos descendieron al suelo y, mientras dos me sujetaban, el tercero lanzó un chorro de agua sobre

mi rostro.

Escupí.

No fue un gesto de valentía, sino de rabia. Estaba seguro de que me esperaba el mismo fin que a los soldados y no me importaba morir con un trago más o menos en el cuerpo.

Un murmullo acogió mi gesto de rebeldía.

El jefe, lentamente, descabalgó de su camello, se acercó a mí, y se postró a mis pies, adorándome.

Sus secuaces, comenzaron a imitarle, ante mi sorpresa.

Todos a coro, comenzaron a entonar una letanía que se repetía una y otra vez:

—Al Aurens, Al Aurens, Al Aurens…

—Un momento, un momento… —Comencé a decir yo.

Detuvieron sus oraciones y se quedaron mirándome fijamente, ávidos de escuchar mis… ¿divinas…? Palabras.

—¿Podéis decirme dónde estamos?

Me observaron como los monos de un zoológico observan a sus visitantes.

—En qué país… qué zona… qué continente…

Me miraban sin entenderme.

—¡Maldita sea! ¿Alguien quiere explicarme qué está sucediendo? —Aullé descontroladamente.

Los beduinos volvieron a realizar sus flexiones, mientras seguían repitiendo monótonamente:

—Al Aurens, Al Aurens, Al Aurens…

El primero que rompió el rezo fue el jefe: se acercó hasta mí, reptando como un cachorrillo de perro pidiendo perdón.

Después me cogió la mano y, tras besarla repetidas veces, me invitó a acompañarle hasta los camellos, invitándome a subir a uno de ellos.

No sé lo que había sucedido, pero mi situación acababa de cambiar radicalmente de signo. Yo me había preparado para ser degollado y aquellas gentes parecían dispuestas a adorarme.

Monté en el camello y dejé que los beduinos me rodeasen, escoltándome, hasta un pequeño oasis en el que habían extendido sus tiendas en torno a una pequeña charca.

Allí me invitaron a descender de mi cabalgadura y me indicaron que me acercara al agua.

Les obedecí.

La charca estaba infectada: el cadáver de un camello había corrompido las aguas estancadas.

El jefe me indicó el agua esperando de mí «no-sé-qué».

—¿Quieres que me bañe? ¿Aquí? —Pregunté incrédulo.

Negó con la cabeza.

—¿Pretendes que beba?

Volvió a negar aún más enfáticamente, mientras me miraba fijamente a los ojos y decía entrecortadamente:

—Alá… facer… ¡Milagro!

No pude por menos que soltar una carcajada.

No me dio tiempo a explicarles que yo no era Alá y que no podía «facer milagros». Todos se lanzaron furiosos sobre mí y algo me golpeó en la cabeza.

¡¡¡CRAAACCCKKK!!!

CAPÍTULO V

Mi cabeza se estaba convirtiendo en algo parecido a un racimo de uvas. Lo descubrí cuando, nada más despertarme y antes de abrir los ojos, me palpé el cogote.

Los chichones se amontonaban en mi cabeza, como los huevos de gorrión en su nido.

A pesar de tener los ojos cerrados, notaba el sol calentando mi piel y traspasando mis párpados. Esperé unos instantes antes de abrirlos.

Hasta mis oídos llegaban unas voces lejanas y distantes que, me parecieron hablar en hindú o algo parecido. Desde luego no correspondían al árabe de los beduinos, ni al desconocido idioma de mis amigos soldados que me habían perseguido desde el barracón.

Noté, también, que el suelo se movía bajo mis pies: aunque no de la misma manera que cuando me hallaba en la «bodega» del barco. Ahora el suelo se balanceaba en todas las direcciones, desordenadamente, aunque con suavidad.

Un fuerte olor a vegetación, a jungla salvaje, llegaba hasta mis narices.

Otro cualquiera hubiera abierto los ojos y localizado el escenario donde se hallaba. Yo no.

Y… ¿Saben por qué?

Por miedo.

Cada vez que había recibido un golpe en la cabeza y recuperado el conocimiento, me había encontrado en un lugar diferente, en unas condiciones peores, y sin entender qué estaba haciendo yo allí.

Y, ahora, tenía un terror incontenible a dar un vistazo alrededor y descubrir que estaba en calzoncillos en medio de la Antártida, o que me hallaba atado a la espalda de un rinoceronte o… ¡Dios sabe

qué otra broma del destino!

¿Por qué no me dejaban en paz, secuestradito, en un calabozo, mientras mi «doble» volaba el Kremlin o el Pentágono? ¿Por qué, además de utilizar mi rostro para hacer salvajadas, tenían que torturarme con estos inquietantes regresos de mis desmayos?

Pero no cabía dilatar por más tiempo la situación. ¡Se imponía abrir los ojos y enfrentarme con la cruel realidad de que estaba a punto de zambullirme en un mar infestado de tiburones!

Abrí los ojos.

Lo que vi era bastante peor de lo que había imaginado.

Estaba dentro de una jaula que colgaba a unos veinte metros del suelo.

Por si esto fuera poco, a mis pies, media docena de tigres se paseaban por la arena de lo que parecía un circo romano, lanzándome cariñosas miradas y relamiéndose al ver mi torso semidesnudo mostrando mis «entrecots».

Aquello no me gustaba, así que miré hacia lo alto.

Ya les he dicho que estaba colgando sobre el coso. En las gradas del Coliseo se amontonaban unas tres docenas de personas. Todas de rostro moreno, abundantes barbas y vestidas con ropajes de colores dorados, al igual que el turbante que se ceñían a la cabeza.

No cabía duda de que me hallaba en la India, posiblemente en el palacio de algún maharajá supermillonario y superpsicópata.

Observé que casi todos ellos escuchaban atentamente las palabras de un curioso personaje situado en el centro: un hombre grande y corpulento, de mirada viva y penetrante, que se hallaba completamente vestido de color blanco, y cuya mirada tenía la profundidad de un rayo láser.

En primera fila, rodeando el anfiteatro se hallaban un puñado de soldados: todos con el torso desnudo, y un turbante blanco a la cabeza. Se sabía que eran soldados por las impresionantes lanzas que llevaban en sus manos.

Otro grupo de guardas se interponía entre el Hombre-Láser y su cohorte de admiradores.

¡Todo aquello parecía un decorado de opereta!

No valía la pena preguntarse cómo había llegado yo hasta allí, qué día era, o cualquier otra tontería. Todo lo que estaba sucediendo no tenía ninguna lógica. Ni siquiera se trataba de una

pesadilla. Lo que me estaba ocurriendo era un sueño imposible, un delirio más propio de un loco, que de un durmiente.

Decidí abandonar mis especulaciones y regresar al circo y sus ocupantes. Ninguno de ellos se fijaba en mí. Ni siquiera habían observado que ya había recobrado el conocimiento.

Se limitaban a reírse de las gracias del Hombre-Láser.

No hace falta mucha imaginación para imaginarse el destino que me aguardaba: lo habrán visto en cantidad de cómics y películas de serie B.

En cuanto que se dieran cuenta de mi vuelta a la consciencia, harían que la jaula descendiera hasta el suelo, y me abrirían la puerta dejándome en libertad.

¡En libertad de ser devorado por los tigres!

Si era ése el destino que me aguardaba, prefería no entretenerme en tonterías. Por lo menos ahora, sabía el futuro que me esperaba.

Me incorporé de un salto, haciendo bailar la jaula, y me agarré con fuerza a los barrotes, a la vez que los zarandeaba.

Comencé a gritar como si Tarzán (el de verdad, no el del Pentágono) se hubiera reencarnado dentro de mí.

¡Si querían espectáculo, estaba dispuesto a dárselo!

Comenzaron a aplaudirme como si yo fuera el más famoso de los artistas de variedades que hubieran visto en su vida.

Procuré no hacerles caso, y seguí con mi «*show*». Mientras, bajo mis pies, los tigres comenzaban a excitarse y se amontonaban justamente debajo de la jaula.

El Hombre-Láser, alzó una mano, pidiendo silencio, y fue obedecido en el acto, por su cohorte de «pelotillas».

—¡Bien venido, señor James! Es un inmenso honor para mí, que usted sea mi invitado.

No les contesté como se merecía. Si yo me encontraba a cinco minutos de la muerte, no me apetecía pasar los últimos instantes de mi vida en una conversación llena de buena educación y formulismos sociales.

—¡A tomar por el culo! —Le grité, intentando que comprendiera mi estado anímico.

Todos los amigos del Hombre-Láser se partieron las palmas, aplaudiendo a rabiar mi respuesta.

¿Serían imbéciles? ¿Acaso esperaban de mí que protestara, que

les suplicara, que les rogara…? ¿Quizá esperaban que comenzase a llorar…?

No. Nada de eso. Si les había gustado mi grosería, estaba decidido a no darles otra satisfacción. Así que, imitando a los antiguos romanos, me arrodillé sobre mi jaula, junté piadosamente las manos y comencé a entonar un cántico religioso. El único que acudió a mí en aquellos momentos.

«El Señor hizo en mí maravillas».

Todos me escucharon atónitos. Todos menos el Hombre-Láser que comenzó a hablar suave y pausadamente.

—Señor James, por favor… ¡No es esto lo que esperaba de usted!

No le contesté.

—No puede ni imaginarse lo que me ha costado conseguir apoderarme de usted… mis hombres lo compraron a un mercader de esclavos, cuando lo reconocieron. ¡Sabían que yo era uno de sus fervientes admiradores, y que mi sufrimiento y mi cólera, no habrían tenido límites, si me enteraba de que usted había terminado sus días bajo el látigo de algún granjero perdido en las montañas!

¿Pretendería aquel mamarracho disfrazado de novia, que yo le estuviera agradecido? ¿Qué le felicitase por haber tenido la magnífica idea de darme, como postre, a sus tigres? Incansable, yo seguía martirizando a sus invitados con mis cánticos religiosos.

—Un hombre como usted… aventurero, intrépido, audaz, sin miedo… Usted no merece una muerte anodina y vulgar… ¡Y qué mejor que morir defendiéndose del ataque de mis fieros tigres de Bengala!

»Yo, Sandor Khan, le voy a ofrecer la posibilidad de morir de acuerdo a su vida, y a su condición de gran héroe universal. ¡No hace falta que me lo agradezca!

No pensaba hacerlo. Yo seguía fijo en mi decisión de no darles ni un solo momento de disfrute a aquella pandilla de lujosos asesinos.

Sandor Khan, el Hombre-Láser alzó suavemente una mano cargada de anillos de oro, y mi jaula comenzó a moverse.

A descender, para hablar con propiedad.

Los tigres rugieron de satisfacción al ver cómo les traían el menú del día y se agitaron nerviosamente.

Yo, aunque pretendía mirar al cielo, no conseguía evitar que mis ojos dieran fugaces miradas al cada vez más cercano suelo.

Por fin, con un sonoro y estremecedor crujido, la jaula alcanzó el final de su recorrido.

Todo aquello me recordaba los cómics de aventuras de mi infancia.

¡¡¡BBZZZZ!!!

Aquello no. La puerta se abrió con un zumbido eléctrico. ¡Demasiado para mis viejas historietas gráficas!

Si quena podía salir al exterior.

Curiosamente, cuando estaba situado veinte metros por encima de los felinos, me hallaba dispuesto a dirigirme hacia ellos entonando alabanzas al Señor, y ahora, cuando estaba a su misma altura, no me apetecía nada aquella heroicidad.

—Puede salir, señor James… —Me invitaba Sandor Khan—. Por la experiencia que tengo en este tipo de juegos, le aconsejo que se decida pronto a salir. He visto a hombres altaneros y valerosos, dudar en salir y, conforme pasaba el tiempo, se iban asustando, ¡aterrando!, hasta no ser más que un pálido reflejo de lo que habían sido. ¡No permita que el miedo a la muerte manche su paso al más allá!

Aquel tipo hubiera sido un excelente predicador, pero tenía razón. Negándome a enfrentarme con mi destino, lo único que conseguía era reafirmarles en su placer. ¡Cómo disfrutarían sintiendo que ellos eran capaces de hacer llorar al más valiente de los humanos!

Abrí la puerta con decisión.

Los tigres acogieron mí llegada con prudencia: se alejaron hacia las paredes dando rugidos y sin perderme de vista.

Yo estaba tan entretenido vigilándoles que, sin darme cuenta, había abandonado los salmos y estaba atacando los primeros compases del «Satisfaction» de los Rolling Stones.

Lino de los tigres, comenzaba a perder el miedo y se me acercaba sin dejar de lanzar rugidos. Era un precioso animal joven y fuerte al que las rayas negras se le sobreponían a un pelaje blanco en lugar de amarillo. Parecía enteramente un «tigre plateado».

Di un fugaz vistazo al suelo para comprobar lo que ya sabía; no había nada con lo que defenderme, ni una piedra, ni un palo… ni

siquiera un miserable mondadiente.

Sandor Khan debió de darse cuenta de mis pensamientos, ya que pocos segundos después un ¡¡¡CLAAANNNGGG!!! Resonó a mis espaldas.

No me atreví a volverme y dejar de mirar al tigre.

—Es una espada, señor James. Comprenderá que, por motivos de seguridad personal mía, no podemos darle una lanza o cualquier otro objeto arrojadizo. Pero estoy seguro que sabrá sacar buen partido de este instrumento.

A mis espaldas, un tigre rugió, recordándome su presencia. ¿De qué sirve una miserable espada, cuando se está rodeado de «animalitos» como aquéllos?

Me sonreí al darme cuenta de mis pensamientos. Ya había abandonado toda idea de entregarme a la muerte y estaba preparándome para planificar la estrategia de mi defensa.

Lo primero era encontrar un lugar donde apoyar la espalda y, por lo menos, tener un flanco a cubierto de los ataques de los tigres. Para ello, nada mejor que una de aquellas sólidas y firmes paredes que formaban el anfiteatro o…

¡Mucho mejor! Nadie se había preocupado de subir la jaula y ponerla lejos de mi alcance. ¡Aquello era lo ideal! No tenía más que encerrarme dentro de ella y dedicarme a acuchillar a los tigres desde el interior de la jaula.

Procuré acercarme a ella sin que el público se diera cuenta de mis ocultas y secretas intenciones. La puerta estaba abierta, invitando a que me introdujera.

De un salto me colé dentro de ella. Los tigres, al ver mi brusco movimiento, se acercaron a mí a la carrera. El público rugió enfadado por mi truco.

—¡Elevad la jaula! —Gritaba Sandor Khan a sus sicarios—. ¡No le permitáis que se haga fuerte dentro de ella!

Con un chirrido la jaula comenzó a ascender por los aires. Con el vaivén, la puerta se abrió colgando sobre el vacío. Sólo estaba a un par de metros del suelo. ¡Demasiada poca distancia para el poderoso salto de uno de aquellos felinos!

«Tigre Plateado», mi favorito, aprovechó mi descuido con la rapidez de un rayo.

De pronto, me vi en el reducido espacio de la jaula, peleándome

a bofetadas con un tigre de muchos quilos de peso. Es una experiencia que no le deseo a nadie que sienta claustrofobia.

Afortunadamente, los feroces zarpazos del animal se estrellaban contra las rejas de la jaula y no me alcanzaban, pero cada uno de aquellos golpes fallidos, hacían que nuestro pequeño «ascensor» se agitara convulsivamente de un lado a otro.

Aquello no era nada más que un cuerpo a cuerpo. Descubrí que, aunque los barrotes no hubieran detenido los zarpazos de «Tigre Plateado», sería imposible que me alcanzase, ya que estábamos tan apretados que sólo me hubiera podido dar un abrazo.

Aproveché nuestra intimidad para clavarle la espada entre las costillas. Lanzó un horrísono rugido a la vez que se agitaba convulsivamente.

La jaula se convirtió en un
«yo-yo»
descontrolado.

De una patada, conseguí mandar al tigre sobre sus compañeros. Éstos, al ver el amasijo de carne y sangre que formaba lo que había quedado de su «colega», se lanzaron sobre él, dispuestos a saciar su hambre.

Era justo lo que había estado esperando.

Sandor Khan, en pie, contemplaba mi «fechoría». Su mirada se había vuelto tierna, mientras contemplaba cómo los tigres devoraban al caído.

No esperé a ver su reacción. Sabía que un hombre como él tenía que ser muy cruel cuando estaba enfadado.

Rápidamente, sin darle tiempo a que tomara la iniciativa, impulsé la jaula convirtiéndola en un columpio.

—¡Subid la jaula! ¡Detenedlo! —Gritaba caóticamente Sandor Khan—. ¡Si lo dejáis escapar os convertiré en carne para perros!

Los sicarios corrían en todas direcciones, pero sin saber muy bien lo que debían de hacer.

—¡Lo quiero vivo! —Añadió el maharajá aumentando su confusión.

Aquella frase frenó a varios de sus soldados que ya estaban haciendo puntería con sus lanzas.

Yo, sin preocuparme de nada más que mi tarea, seguía columpiándome hasta que la jaula alcanzó la altura de la barandilla

del anfiteatro.

Dos golpes más, y me habría convertido en una «Lanzadera espacial».

¡Era el momento!

Sujeté la espada con los dientes y salté.

Salté sin preocuparme de lo que había fuera del circo, de lo que me esperaba una vez que hubiese planeado sobre las gradas del anfiteatro.

No podía ser peor que lo que dejaba a mis espaldas; la frase de «saltar de la sartén para caer en el fuego», carecía de sentido en mis circunstancias.

Lo único que quería era salir de allí, aunque me estrellase contra la pared de un palacio.

CAPÍTULO VI

Pasé como un obús sobre las cabezas de los invitados de Sandor Khan.

—¡Matadloooo! ¡No lo dejéis escapar con vida! —Oí que gritaba el maharajá a sus secuaces.

Estaba seguro de que si seguía dando unas órdenes tan incoherentes, sus sicarios pronto pedirían aumento de sueldo, o se buscarían un traba jo más cómodo.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver mi «pista de aterrizaje».

Una explanada de césped, donde se alzaba un templete con el techo de lona.

¡¡¡¡RRRAAASSSHHH!!!!

Perforé la tela como un misil rompe una pared de ladrillos.

¡¡¡¡SSHHPPPLLLOOOFFFF!!!!

Aterricé en medio de una gigantesca ensaladera de plata, llena a rebosar de caviar de Beluga.

¡¡¡CRAASSHH!!! ¡¡¡TTIINNGG!!! ¡¡¡KLIINNNKKK!!!

Mis pies y mis manos destrozaron un buen número de piezas de una artística cristalería de Limoges.

¡FLOP! ¡FLOP! ¡FLOP!

Tres botellas de

MOET & CHANDON

«Brut Imperial» se unieron al festejo.

Había aterrizado, precisamente, donde Sandor Khan y sus convidados pensaban celebrar mi derrota ante sus tigres de Bengala. Eso sí, alabando mi coraje, y mi lucha hasta la última gota de sangre.

Me hallaba en una amplia explanada de césped situada ante el palacio del maharajá. Un edificio impresionante que, en su fachada

principal, debía de tener más de cien ventanas cubiertas por celosías de maderas nobles.

Rodeando el palacio, el anfiteatro y el jardín, se hallaba una muralla custodiada por más soldados. Y, al fondo, una puerta de madera, abierta de par en par. ¡Hacia allí tenía que ir!

No puedo decir más que me alegré de haberles estropeado la función y la cena.

Pero tampoco podía entretenerme en celebrarlo: los soldados del maharajá se acercaban a mí, blandiendo sus armas.

Me preparé a defenderme tras comprobar que todos mis huesos seguían en sus puestos de combate.

Al primer soldado que llegó ante mí lo recibí con el más puro estilo de
D’Artagnan,
clavándole la espada en el corazón.

Pero aquella espada no había sido fabricada para ser manejada así: su peso era brutal y no tuve más remedio que cogerla con ambas manos, dentro de los cánones de la escuela de las viejas películas de romanos.

Por unos instantes me sentí una mezcla de Hércules, Maciste y Ursus, luchando contra las huestes del «malo».

Movía la espada a toda la velocidad que me permitían mis fatigados músculos (que no era poca) y en unos segundos el césped situado alrededor de mis pies, estaba poblado de cadáveres.

No me entretuve en contar cuántos había: los soldados de Sandor Khan acudían hacia mí por docenas.

Así que les imité pero en dirección contraria.

Corrí a toda velocidad hacia la puerta de madera que un grupo de personas pretendía cerrar.

Cuando me vieron llegar blandiendo la espada a la velocidad de las hélices de un helicóptero, abandonaron su trabajo sin terminar, y salieron corriendo.

¡Era libre!

A mis espaldas resonó la voz de Sandor Khan impartiendo sus últimas instrucciones: unas órdenes que me helaron la sangre en las venas.

—¡La guardia a los caballos! ¡A nosotros traednos los elefantes! ¡Que empiece la cacería!

Como si hubieran reconocido la voz de su amo, los paquidermos situados en algún corral fuera de mi vista, comenzaron a barritar nerviosamente.

Y, antes de que hubiera cruzado el dintel del portón, el suelo comenzó a retumbar bajo las pisadas de los gigantescos animales.

Tras de mí, todo era ruido y fuerza.

Ante mí, sólo desierto.

El palacio de Sandor Khan se hallaba situado en una llanura poblada únicamente por matorrales no excesivamente altos. La selva estaba al fondo, demasiado lejos para mis urgentes necesidades.

Pero no tenía ninguna otra opción que correr, correr antes que me alcanzasen los caballos, antes de que me entretuvieran hasta la llegada de los elefantes.

Había visto el odio en los ojos de Sandor Khan y sabía que no se contentaría con dispararme un tiro. Querría que su propio elefante me patease hasta dejarme convertido en una sangrante hamburguesa.

Correr no es uno de mis deportes favoritos, aunque tengo que practicarlo con demasiada frecuencia. Antes que huir a la carrera, prefiero una buena pelea a puñetazos… siempre que no sea contra un elefante.

Así que, aparqué mis gustos y preferencias, y comencé a darle a los pies sin descanso.

A mis espaldas todavía se podía escuchar el batiburrillo de voces sobre las que dominaban las siempre contradictorias órdenes de Sandor Khan.

Seguía corriendo desesperadamente, sintiendo el bosque y la selva cada vez más cerca, pero aún demasiado lejos para alcanzarlo antes de que me atrapasen a mí.

El ruido del galope de los caballos se impuso sobre las descoordinadas voces, pero yo ni siquiera me volví para ver dónde se hallaban. Tenía plena consciencia de que un segundo, un solo segundo, significaba la diferencia entre vivir o morir.

Los cascos de los caballos cada vez sonaban más próximos, al igual que el nervioso barritar de los elefantes. Y yo no podía esconderme en ningún sitio. Sólo correr, correr, correr…

Yo parecía un conjunto de «Heavy Metal»: mi corazón hacía

THUNGS, THUNGS, THUNGS, mis pies repicaban PLAS, PLAS, PLAS… mi respiración se oía WOUUFF, WOUUFF, WOUUFF…

¡BANG! ¡BANG! Aquellos sonidos no eran míos. ¡Eran disparos!: Sandor Khan había decidido no dejarme escapar. Prefería el dulce sabor de la venganza al juego criminal.

Pero no. Como si aquellos tiros hubieran desconectado los altavoces, los cascos de los caballos dejaron de repicar sobre el suelo y los elefantes se calmaron en su trote y en sus barritadas.

¡¡¡BANG!!! ¡¡¡BANG!!!

Otros dos disparos arrancaron una colección de gritos a mis espaldas.

Ahora sí, ahora miré sobre mis hombros para ver lo que sucedía.

Estaba lo bastante cerca de los árboles del bosque como para permitirme una pequeña concesión a la curiosidad.

Dos de los jinetes del maharajá habían sido descabalgados por los disparos y sus compañeros se habían reunido en torno a ellos. Algunos, a pie, apuntaban hacia mí y hacia la selva.

Pero nadie me perseguía ya.

Todos estaban quietos mirando cómo me alejaba.

De una forma inconsciente detuve el ritmo de mi carrera: estaba seguro de poder ponerme a salvo. Me hallaba cerca del bosque y…

—¡Ahora no, mamón! No te detengas… —Exclamó una voz femenina surgida de entre los árboles.

Obedecí.

En pocos segundos me había sumergido entre la densa y espesa vegetación del bosque, mirando en todas direcciones, en busca de la persona que me había salvado la vida.

Noté cómo un cañón de rifle se apoyaba en mi columna vertebral, y me preparé para recibir un golpe en la nuca (¡otro más!) que me enviase a algún punto perdido y desconocido del planeta.

—¿Indiana? ¿Indiana James?

Fue igual que si hubiera recibido el golpe esperado: ¿Quién demonios podía conocerme en este culo del mundo?

—Sí. Soy yo.

Un suspiro acogió mi respuesta.

—Menos mal. No sabe lo preocupados que hemos estado…

—¿Puedo volverme?

Noté cómo el rifle dejaba de hacer presión en mi espalda y me giré procurando no hacerlo bruscamente, para no sobresaltar a mi salvadora.

Ya he dicho que era una mujer. Pero se trataba de una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida. Iba vestida con un dos piezas, color salmón y bordado con hilos de oro. Se cubría el rostro con un velo semitransparente y en medio de la frente, llevaba incrustado un diamante de un tamaño poco corriente.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué me has ayudado? ¿Dónde estamos? ¿Quién te envía? ¿De qué me conoces?

Antes de contestarme, lanzó una mirada sobre mi hombro para comprobar que los soldados de Sandor Khan seguían sin acercarse a los lindes del bosque.

—Me llamo Sheera, y soy la guardiana del Templo de las Almas Perdidas.

Si con eso pretendía haber contestado mis preguntas estaba muy equivocada.

—¿Dónde estamos ahora? —Le pregunté.

—En Lakhspoortala, al norte de la India. Junto al reino de maharajá Sandor Khan.

—¿De qué me conoces?

Sonrió, con un brillo especial en la mirada, antes de responderme:

—¿Quién no conoce a Indiana James?

Tenía razón: mientras yo me dedicaba a vivir imposibles, mi «doble» estaba consagrándose con todas sus energías a realizar una campaña publicitaria que me llevase a la primera página de todos los periódicos del mundo.

¡Y, nadie mejor que Sheera, para ponerme al corriente de mis últimas hazañas!

—¿Qué es lo que sabes de mí? —Pregunté con un deje de satisfacción en el tono de mi voz.

La chica dio un nuevo furtivo vistazo sobre mi hombro, antes de decir:

—¿De verdad crees que es el momento de que enumere todas tus gestas? ¿No sería mejor que, primero, nos pusiéramos a salvo de los esbirros de Sandor Khan?

Tenía razón, así que asentí con la cabeza.

Ella, por toda respuesta, dio un prolongado pero suave silbido imitando el canto de algún ave. En pocos segundos estábamos rodeados de una turba de gente que más parecían sacados de una película de piratas, que de una selva de la India.

Vestían harapos, iban sin afeitar, con largos y despeinados cabellos, les faltaban dientes, tenían las miradas perdidas… y sonreían y babeaban ante cualquier frase de Sheera, aunque esto último no era nada extraño.

—Éstos son los habitantes del Templo de las Almas Pérdidas. —Dijo la chica señalando a sus «tropas».

—Pues parecen los internos de un hospital psiquiátrico.

La chica contrajo su rostro en un rictus de rabia.

—En la India, se dice que hay almas que se pierden entre encarnación y encarnación. Almas que no saben encontrar su nuevo cuerpo y que se alojan en el primero que encuentran. Son las Almas Perdidas: vosotros los llamáis locos.

¡Por fin estaba donde me correspondía! ¡Rodeado de locos!

No me atreví a decírselo en voz alta. Sólo murmuré un manido:

—Lo siento. Yo no sabía…

No se molestó en decirme que no tenía importancia. Simplemente le quitó el rifle a uno de sus secuaces y me lo tendió a mí, mientras comenzaba a impartir instrucciones en hindú.

Silenciosamente los locos, comenzaron a ponerse en fila, y a caminar hacia el corazón de la selva.

—Los hombres de Sandor Khan no se atreverán a seguimos. La locura les asusta profundamente: tienen miedo de que su alma encuentre a otra conocida y…

No llegó a terminar la frase. No hacía falta. En todas las culturas y civilizaciones se ha tenido miedo de la locura.

También nosotros nos unimos a la caravana de los locos.

—¿Está muy lejos el templo? —Pregunté.

—Media hora a buen paso.

Perfecto. Era lo que necesitaba. Sheera y yo cerrábamos la marcha, no sé si para proteger a los locos de un ataque de los esbirros del maharajá, o para impedir que ninguno de nuestros hombres desertase. Era el momento de obtener respuestas a muchas de mis preguntas.

—¿Qué cosas has oído decir de mí? —Le pregunté a bocajarro.

Ella me sonrió con picardía.

—No eres precisamente modesto…

—No se trata de eso. Es mucho más importante de lo que crees. No sé si tengo ataques de amnesia, o si alguien está suplantando mi personalidad.

—He oído y leído de ti que eres un aventurero famoso. Que has desarticulado bandas de traficantes de heroína, que has encontrado tesoros hundidos, que has hecho favores al presidente de los EE. UU…

—Sí. —Pensé—. ¡Favores como operarle a balazos la úlcera de duodeno! —Pero no me atreví a decirlo en voz alta. Simplemente añadí:

—Necesito cosas más recientes… Algo que hayas leído de mí en las últimas semanas…

Negó con la cabeza, a la vez que me sonreía.

—Lo siento, desde que estoy en el templo, no recibo periódicos…

—¿Cómo sabías que yo me hallaba en el palacio de Sandor Khan?

El gesto de la chica se contrajo en un rictus de odio.

—Siempre organiza fiestas y espectáculos a cosía de peleas entre hombres y animales. Y nosotros estamos preparados permanentemente para ayudar a los que consiguen escapar. Algunas de las Almas Perdidas se «extraviaron» gracias a Sandor…

Bueno. Aquella chica no aclararía ninguna de mis dudas. Pero por lo menos era ya libre para buscar las respuestas por mí mismo.

Llevábamos ya un buen rato caminando, y estábamos cerca de una montaña sobre la que se aposentaba «algo» con aspecto de fortaleza medieval. Algo muy extraño que parecía un castillo de los que hacen los niños en la arena. No tenía líneas definidas, ya que tanto sus paredes, como sus torres parecían hechas a base de líquido que se hubiera solidificado.

—¿Cómo puedo salir de aquí y volver a la civilización? —Pregunté ingenuamente.

—Nadie sale de aquí. —Replicó ella sin mirarme—. Nadie.

—Ya. Ya sé que estos hombres están enfermos y no los dejáis pasear libremente…

Ella me sonrió con picardía.

—Y tú… ¿Cómo estás tú? ¿Loco o cuerdo?

—¿Yo? ¡Estoy sano, muy sano!

—¿De verdad? ¿Te atreverías a contar en voz alta las últimas cosas que te han sucedido?

¿Cómo sabía aquella mujer la falta de sentido de los últimos acontecimientos de mi vida? ¿Acaso yo estaba soñando todo aquello?

—Escucha un momento… —Comencé a decir—. Te estoy muy agradecido de que me hayas salvado de las garras del maharajá, pero si te crees que me voy a quedar aquí el resto de mis días…

Ella no se molestó en contestarme.

Simplemente volvió a dar uno de sus silbidos.

Toda la «procesión de locos» se detuvo en seco, girándose hacia nosotros.

Sheera volvió a hablar en hindú. No se lo qué les dijo, pero sí pude observar que sus rostros se iban contrayendo, que sus gargantas comenzaban a lanzar gemidos inhumanos, y que todos comenzaron a caminar hacia mí, extendiendo las manos… pretendiendo atraparme… apoderarse de mi alma…

Rápidamente adiviné lo que iba a pasarme: Sheera se había situado a mis espaldas y…

¡¡¡¡¡CRAAACCCKKK!!!!!

Capítulo VII

No. No quería volver a abrir los ojos.

No deseaba volver a enfrentarme con un nuevo capítulo de mi locura particular. ¡Ya era bastante lo que había recibido! Estaba cansado de formularme preguntas que no era capaz de contestar, harto de sentirme impotente ante los acontecimientos que me rodeaban…

¿Cansado…? ¿O quizá loco?

Aquella chica, Sheera, lo había enunciado con toda claridad:

¿Me atrevería a repetir en voz alta todas las cosas que me habían sucedido en los últimos días… semanas… meses…?

Ni siquiera tenía noción del tiempo transcurrido desde que aquellos dos malditos agentes del Pentágono (¿o eran policías?) habían entrado en mi apartamento de New York, desde que habían abierto de par en par las ventanas de mi cerebro a la locura…

La cabeza me dolía como nunca antes lo había hecho. ¡Y eso a pesar de que, a lo largo de mi vida he perdido un buen montón de peleas y estoy acostumbrado al dolor…!

Pero como aquél, ninguno. Me extrañaba que los huesos de mi cráneo todavía resistieran sin romperse.

No abrí los ojos, pero me llevé la mano a la cabeza y palpé, con la suavidad con que una madre acaricia a su hijo, los múltiples chichones que amenazaban con formar un bulto tan grande como mi cabeza.

Eran demasiados, y demasiado juntos.

Y, sin embargo, aquello no era posible. Entre el primer y el segundo golpe (el de mi apartamento y el de los tuareg) habían pasado muchos días. Y unos cuantos más entre el de los beduinos y el de Sheera. Del primer chichón ya no debería de quedar ni rastro.

Eso, o que en mi estado de pérdida de memoria, no recordase otros golpes recibidos.

—Déjalo Indiana. —Me dije a mí mismo—. No estás en condiciones de pensar adecuadamente. Descansa primero.

Intenté relajarme, pero sin abrir los ojos. Tenía miedo, como siempre.

Una suave brisa acariciaba mi cuerpo, y notaba como los rayos del sol se depositaban sobre mi piel, calentándola.

No oía más que algún lejano piar de pájaros.

¿O eran los silbidos de Sheera?

—¿Para qué me digo que no voy a abrir los ojos? ¡Si la curiosidad me está matando!

¿Dónde estaría ahora? ¿Sobre una caldera de aceite hirviendo? ¿Descendiendo en paracaídas desde un avión? ¿Descendiendo en «skate» por una de las laderas del Everest?

Abrí los ojos.

Estaba en el paraíso.

Imagínense una isla de los mares del Sur, rodeada de agua azul y cristalina, con unas pocas nubes de algodón sobre las playas de fina arena, con las olas rompiendo suavemente sobre la playa.

Detrás mío, una frondosa selva de cocoteros que, en algunos puntos, se acercaba hasta acariciar la espuma de las olas.

Sólo faltaba que un grupo de «apetitosas» hawaianas viniera a traerme unos collares de flores, y unas canastillas llenas de sabrosas frutas.

Bueno, por lo menos me podría dar un baño en aquellas aguas. Después comería coco, bebería su agua y tendría tiempo para averiguar dónde estaba, de dónde venía, y qué era lo que estaba sucediendo. ¡Y no pensaba darme demasiada prisa en averiguarlo!

Me levanté de la arena haciendo un esfuerzo sobrehumano. Parecía como si todos los participantes en un congreso de acupuntores estuvieran celebrando un final de fiesta en las cercanías de mi nuca.

El camino hacia el mar era largo, ya que la playa era muy extensa. Comencé a recorrerlo bajo la suave brisa que soplaba, pensando en que aquélla era la mejor cárcel que me habían buscado.

Fuera quien fuese el que estaba escribiendo el «guión» de mi

vida, ahora parecía haber obrado con sensatez. Si se me encierra en una bodega de barco, en un templo abarrotado de locos, en un circo romano… lo más seguro es que yo intente escapar y desbaratar los planes de mi secuestrador.

Pero si se me deja en un sitio como éste, es más fácil que yo me deje arrastrar por la pereza, y que decida «posponer» mi fuga por unos días y reponer fuerzas antes de intentar nada.

Además iba a ser muy difícil escapar de una isla como ésta que, con toda seguridad, se hallaba bastante lejos de las líneas habituales de comunicación marítima.

Así pues, no me quedaba más alternativa que rendirme temporalmente, mientras mi «secuestrador» se dedicaba a masacrar medio mundo usando un doble mío.

No pude por menos de sonreír ante mi situación. Siempre he tenido problemas con la policía, los ejércitos, las multinacionales… pero, a partir de ahora, esos problemas podían ser infinitos.

Me detuve unos instantes para descansar y me giré para observar la isla: la playa donde yo me encontraba tendría unos cinco quilómetros de larga y, tras de ella, se alzaba un bosquecillo ecuatorial, del que sobresalía una montaña rocosa poblada de vegetación. Lo que indicaba que el otro lado de la isla, posiblemente, carecería de playa y tendría una costa rocosa y escarpada.

Entonces me fijé en una cosa que hasta aquel momento me había pasado inadvertida: una casa situada entre la primera fila de árboles.

Una tosca choza hecha de maderas y gruesas ramas de árbol formando su tejado, un chamizo que parecía construido por el superviviente de algún naufragio. ¿Quizás yo mismo? ¿Podría ser que llevase algún tiempo en esta isla, y hasta ahora no hubiera recobrado la memoria?

La sola posibilidad de que alguien compartiera la isla conmigo, hizo que mi corazón comenzara a latir con fuerza. ¿Habría algún otro habitante?

Me percaté de que mis pantalones, que eran la única prenda que yo vestía en aquel momento, estaban mojados, húmedos de agua salada. Más parecía que yo hubiera llegado a la isla semi-inconsciente, arrastrado por las olas. Y si eso era así, aquella casa

debería de ser de otra persona.

—¡¡¡HOLAAAA!!! —Grité con toda la fuerza de mis pulmones, intentando llamar la atención de cualquier ser humano que hubiera por allí.

Nadie me contestó. Únicamente una bandada de pájaros, asustados, levantó un corto vuelo y volvió a posarse sobre los árboles con celeridad.

Sí, en cuanto que me refrescase un poco, me dedicaría a examinar la cabaña en busca de algún otro poblador del islote.

Proseguí mi camino hacia el mar y, cuando llegué junto a él me zambullí sin pensármelo dos veces.

El agua estaba a una temperatura ideal, era tan transparente que podía ver algunos peces nadando bajo mí, también podía observar las rocas y corales del fondo. Mi alimentación, no sería cocos solamente.

Permanecí casi un cuarto de hora nadando y brazeando con suavidad, sin intentar batir ningún récord, limitándome a dejar que el agua resbalase sobre mi cuerpo (y sobre mi nuca) dándome un suave masaje, que me alejara el dolor.

Después mi estómago protestó, y me decidí a salir del agua y explorar la cabaña.

Si allí no encontraba algo de comer, mucho me temía que iba a descubrir un nuevo régimen de adelgazamiento, consistente en pescado, pescado, coco y agua de coco.

Avancé con rapidez hacia la cabaña. Mi estómago comenzaba a reclamar mi atención. Agradecí la sombra de las palmeras. Posiblemente debíamos de estar llegando a mediodía, y el sol calentaba con fuerza.

La cabaña carecía de puerta, así que entré sin llamar.

Su interior estaba bastante abarrotado de cosas: una hamaca con mosquitera, una mesa con varios libros y cuadernos, y una estantería en la que se amontonaban los objetos más dispares: libros, latas de comida, un sextante, herramientas sencillas, ropas, algunos útiles de cocina…

Lógicamente, lo primero que miré fueron las latas. Había un par de docenas diferentes: habichuelas, frijoles, carne estofada, raviolis…

Con unas ramas secas improvisé una hoguera y coloqué sobre

ella, una sartén con el contenido de la lata de habichuelas y, mientras se calentaban, me quedé observándolas como si fuera el más absorbente programa de televisión.

Comí como no lo había hecho en muchos días, después de poner el estofado de carne en la sartén, como segundo plato.

De postre coco.

Una vez hube calmado mis urgencias estomacales, volví a entrar en la cabaña dispuesto a realizar una minuciosa inspección. Me dirigí en primer lugar a la mesa.

Sobre ella se encontraba un cuaderno que parecía haber servido de daimio a su propietario. En la página por la que estaba abierto, con letra temblorosa, podía leerse.

> *DIEZ DE JUNIO. Después de dos años, sin observar presencia humana en mi entorno, he visto las primeras huellas de civilización. En el horizonte se han perfilado las siluetas de varios buques de guerra de la marina americana. Hice una hoguera, intentando atraer su atención, y debieron de verla, ya que una de las fragatas se despegó de la formación, y se separó unas millas de los demás barcos, en dirección a mí. Desgraciadamente, mucho antes de llegar dio media vuelta, retornando al convoy. Yo he quedado tremendamente…*

Salté unas cuantas páginas atrás, para comprobar si había algo escrito más adelante. Y lo había. Posiblemente el escritor de aquel diario estaba releyéndolo, y lo había dejado en esta página. Volví a su lectura.

> *VEINTE DE JUNIO. Nuevamente, después de tantos días, he vuelto a ver seres humanos. Se trataba de una escuadrilla de aviones japoneses, persiguiendo a varios cazas norteamericanos. No he llegado a verlos combatir, pero por el ruido que he escuchado, supongo que fuera de mi vista han debido de librar un cruento combate.*

¡Caramba! Aquello parecía escrito en la Segunda Guerra Mundial, cuando los japoneses y americanos se peleaban a golpe de bombas… y no a golpe de multinacional, como lo hacían ahora.

Busqué algún dato en la portada del cuaderno. Únicamente ponía un número: el seis. Eso significaba que los cuadernos estaban numerados y que debía de encontrar el primero.

Lo localicé sepultado bajo un montón de libros. En su portada figuraba el nombre del infortunado náufrago: Robin Soncroissant, y la fecha del comienzo de sus padecimientos: dos de enero de 1942.

Quedé atónito. Era imposible que aquella cabaña hubiera resistido tantos años sin que sus maderas se descompusieran, sin que las páginas de los cuadernos y libros se amarilleasen, sin que…

Hasta mis oídos llegaron unas voces lejanas.

Salí rápidamente de la cabaña, dispuesto a localizarlas.

Las múltiples cosas extrañas ocurridas en los últimos días me impulsaban a ser muy prudente a la hora de lanzarme en brazos de los desconocidos que el destino cruzaba en mi camino. ¡A pesar de que tenía unas ganas inaguantables de abrazar a cualquier ser humano, después de sólo unas pocas horas de soledad!

Las voces parecían venir del interior de la selva y, me hubiera atrevido a jurar que avanzaban hacia la cabaña.

Ye, guiándome de mi instinto de conservación, me sumergí entre la frondosa vegetación, a la espera de ver aparecer a los habitantes de la isla. Aunque… aunque…

Rápidamente di media vuelta y entré en la cabaña. Cogí unas latas de comida y la sartén (por lo que pudiera pasar), y con todo esto en los brazos, lancé un vistazo alrededor mío, intentando localizar algo en lo que poder transportarlo con más comodidad.

Y el corazón me dio un vuelco.

Allí, escondido en el último estante de la estantería, casi oculto bajo un montón de papeles y herramientas, estaba MI MACUTO, o quizá uno que se le parecía extraordinariamente.

Lo cogí con el mismo cariño que se abraza a un hermano al que hace mucho tiempo que no se ve.

Y salí corriendo hacia la selva.

Creo que la patrulla llegó cuando yo me escondía tras el gran tronco de una palmera, y me apoyaba en él para retomar mi respiración, agitada por la carrera.

Era una patrulla japonesa: seis hombres armados que apuntaban con sus armas en todas direcciones temerosos de que «algo» o «alguien» pudiera surgir y sorprenderlos.

Se acercaban a la cabaña con todo tipo de prevenciones, y lanzando frecuentes miradas en una y otra dirección.

Yo los observaba casi sin creer lo que veía. ¡Soldados japoneses de la Segunda Guerra Mundial en formación de batalla!

De entre todos los islotes deshabitados del Océano Pacífico había tenido que venir a parar precisamente a uno que todavía contenía en su seno un puñado de náufragos de la historia. Un grupo de soldados, de esos que salen de vez en cuando en la prensa, que todavía no se han enterado de que la guerra terminó varias décadas atrás.

Como si viniera a desmentir mis pensamientos, un ruido comenzó a escucharse y un grupo de aviones sobrevoló nuestras cabezas. Aviones japoneses, aviones de esos que se ven en todos los libros de historia: MITUBISHI-A6M2, más conocidos como
CERO-ZEKE.
Unos aparatos más dignos de estar en un museo militar que pasearse sobre las aguas del mar.

Y, por si yo había tenido alguna duda de dónde me encontraba, tras ellos apareció, una compacta escuadrilla de VOUGT F4U «CORSAIR», disparando sus ametralladoras sobre los aviones japoneses.

Cerré fuertemente los ojos.

No. Aquello no era posible. Puedo creerme que yo permaneciera en estado amnésico durante largas temporadas, también podía llegar a imaginarme que, en estos lapsus, yo había destrozado la mitad de los EE. UU…

Hasta, en un alarde de imaginación, podía autoconvencerme de que mis «apariciones» en sitios exóticos, eran lógicas y reales, pero que yo no podía recordar los traslados por mi amnesia.

Pero aquello, no.

Es imposible que una pérdida de memoria te arrastre cuarenta y pico de años atrás.

¡Eso no podía creérmelo!

Sólo había una explicación para lo que me sucedía; ME ESTABA VOLVIENDO LOCO.

Como un náufrago busca una tabla a la que asirse, así busque yo mi macuto. Lo abrí nerviosamente.

Dentro estaba mi pasaporte, el libro que había estado leyendo, en New York, *A perfect spy*, mi agenda…

Sí. Aquello tampoco era posible.

ME ESTABA VOLVIENDO LOCO.

No llegué a tener la certeza. Un grito resonó ante mí:

—¡¡¡¡¡BANZAIIII!!!!!

Uno de los soldados japonés, avanzaba hacia mí a la carrera, apuntándome con su rifle en el que llevaba colocada su bayoneta.

Sus compañeros venían tras de él, también gritando.

No. No haría nada. Aquello era una alucinación, una de tantas de las que había sufrido últimamente.

El soldado avanzaba hacia mí.

Su bayoneta apuntaba directamente a mi rostro.

NO HARÍA NADA.

NO ME DEFENDERÍA.

CERRARÍA LOS OJOS Y, CUANDO LOS ABRIERA, TODO HABRÍA PASADO.

Pero no pude hacerlo. Cuando la bayoneta estaba solo a unos milímetros de mi rostro, lo desvié.

El rifle me golpeó junto a la oreja y…

¡¡¡CRAAACKKK!!!

CAPÍTULO VIII

Estaba dispuesto para abrir los ojos sin más preámbulos.

Alguien dijo alguna vez que: NO SE TEME MAS QUE A LO DESCONOCIDO.

Y era cierto.

Una vez que había localizado la causa de mis males éstos ya no me asustaban. ¡Sabía que no me estaba sucediendo nada! ¡Sabía que todo era fruto de mi mente calenturienta!

Lo único que deseaba con todas mis fuerzas era que, detrás de aquel falso escenario de bodega de barco, de desierto o de islote tropical, «alguien» estuviera luchando por mí, por atraerme de nuevo al mundo de los cuerdos, por no dejarme hundido para siempre en el Templo de las Almas Perdidas.

Sólo la locura podía explicar la incongruencia, la imposibilidad de todo lo que me había ocurrido.

La locura servía para justificar el artículo de Zenna Davis, sobre mi asesinato del presidente de los EE. UU., en el que hablaba de mí como «un desconocido».

También así se comprendía que mi macuto hubiera desaparecido en mi «viaje» entre el Pentágono y la bodega del barco, y hubiera vuelto a encontrarlo en un islote perdido del Pacífico.

Igualmente podía comprenderse que hubiera transcurrido un mes desde que Tarzán y Chita me dieron el primer golpe en la cabeza, hasta que retomé el conocimiento en los sótanos del Pentágono.

Y de esta forma, con la palabra mágica de «LOCURA» podía explicarlo todo: cómo había escapado el chino del hangar, cómo yo había saltado desde el desierto hasta las montañas de la India, y de allí hasta el Pacífico…

Es un extraño argumento el de la locura: sirve para justificar todo lo imposible.

Abrí los ojos convencido de que nada malo podía aguardarme.

Si era capaz de comprender mi problema… ¡Ya estaba en vías de curación!

Perfecto. Después de un paradisíaco islote en el Océano Pacífico… ¿Qué se puede encontrar más dispar, que un moderno laboratorio?

Supermoderno. Era una habitación abovedada de más de quince metros de altura. Todas sus paredes estaban forradas de aparatos electrónicos, pantallas de TV, botones, indicadores…

En tres puntos de la pared, había unas pasarelas metálicas, por las que circulaban media docena de personas en batas blancas, verdes y azul celeste.

Sobre mi cabeza, una poderosa y moderna grúa, sostenía otro aparato lleno de cables y teleobjetivos que seguramente serviría para alguna locura.

Yo, como las estrellas de Hollywood, estaba en medio del escenario.

Me habían situado sobre una mesa de operaciones, completamente desnudo, y atado a ella por pies, manos y cuello.

Perfecto: Me putearían durante un rato y luego vendría algún imbécil, me daría un golpe en la cabeza y volvería a aparecer en un rancho tejano rodeado de vaqueros y reses.

—¿Señor James? Me alegro de que haya despertado… —Bramó una metálica voz que retumbó en las paredes.

—Yo también. Estoy demasiado harto de dormir. ¿Qué programa tenemos para el día de hoy?

—Me causa sumo placer ver que su estado de humor sigue inalterable. Es muy importante su buena disposición, para llevar a cabo el experimento que nos proponemos realizar.

—¿Experimento? ¡¡Fantástico!! Me encantan las novedades. —Creo que estaba tan metido en mi papel de «pasar» de la locura que me hubiera frotado las manos, de tenerlas libres—. ¿Cuándo empezamos?

—¡Eh! Creo, que… cuando los doctores nos autoricen.

Desde luego, con mi forma de actuar, había conseguido descentrar a mi anfitrión.

—Usted sabe mi nombre, pero yo desconozco el suyo. —Repliqué.

—Bond. Jonás Bond.

—Encantado, señor Bond. Me gustaría poder verle y estrechar su mano, pero en las actuales condiciones no creo que me sea posible.

La voz metálica cloqueó como una gallina, y me anunció:

—Ahora mismo estaré junto a usted.

No tardé mucho en verlo. Era un individuo grueso y no muy alto, de unos sesenta años, pelo blanco cortado a cepillo, y piel sonrosada como el culo de un bebé.

Mientras se acercaba a mí, sentí que la correa que mantenía sujeto mi cuello a la mesa, comenzaba a ceder lentamente permitiéndome incorporar la cabeza.

Venía andando hacia mí con pasos cortos y apresurados.

Apoyó su mano sobre la mía.

—Comprenda que no me atreva a soltar su mano… —Me dijo a modo de disculpa.

Noté un contacto frío cuando sus dedos se posaron sobre mi muñeca y miré hacia allí.

Uno de sus dedos, el meñique de la mano derecha, estaba completamente forrado de oro.

—¿Qué tipo de experimentos van a realizar conmigo? —Pregunté.

—Poca cosa. Estamos todavía en los comienzos de la investigación sobre los umbrales del dolor. Ya sabe, estudios para saber cuándo el dolor comienza a afectar gravemente el cerebro de una persona de manera irreversible.

—Ya, quieren saber hasta qué grado de sufrimiento puede padecer una persona antes de volverse loca. ¿No es eso?

—Sí. Está muy bien definido, aunque algo vulgar…

Sonreí con superioridad, antes de añadir.

—Llega con unos años de retraso. Este tipo de experimentos ya los intentaron realizar los nazis y acabaron en la silla eléctrica…

—¡Cierto! Una auténtica pena para la humanidad. Una pérdida irreparable para la comunidad científica del mundo.

Puede ser que yo estuviera loco, pero aquel tipo había sacado sobresaliente «*cum laude*» en la misma asignatura.

—Pero… —añadió Jonás Bond—… no perdamos más tiempo.

Cuanto antes le examinen nuestros médicos, antes podremos empezar la prueba…

—Adelante, adelante… —Le animé yo—. Por mí no se preocupen…

Jonás Bond se alejó sonriente, mientras yo me disponía a dar una cabezada.

De pronto caí en un extraño juego de palabras. Aquel tipo tenía un dedo de oro. Los ingleses dirían GOLDFINGER.

Y GOLDFINGER había sido uno de los «malos» más famosos de una película de JAMES BOND, el conocido AGENTE 007, CON PERMISO PARA MATAR.

JAMES BOND… ¿JONÁS BOND?

¿No era una casualidad?

Pero… ¡había más juegos de palabras en mi vida!

Rebusqué en mi memoria el nombre del náufrago cuyos diarios yo había encontrado en el islote del Pacífico.

Se llamaba… ¡ROBIN SOiVCROISSANT!

Vamos a cambiar una sílaba de lugar y… ROBINSON *CROISSANT*.

Que es muy parecido a ROBINSON CRUSSOE, el náufrago más famoso de la historia de la literatura.

Y también… había un príncipe hindú famoso en las novelas de EMILIO SALGARI. ¡¡SANDOKAN!! ¿No les parece un nombre muy parecido a SANDOR KHAN?

Y los beduinos me habían llamado AL AURENS.

Que era, precisamente, como las tribus árabes habían denominado a uno de los personajes de la historia, más enigmáticos: «LAWRENCE DE ARABIA». Ellos habían musulmanizado el nombre en AL AURENS.

¡Maldita sea! Durante un buen puñado de horas de devanarme la cabeza había estado pensando que alguien quería utilizar un doble mío. ¡Y era mucho más sencillo!

¡Doble contra sencillo!

No. Decididamente, no.

No me estaba volviendo loco.

«Alguien» estaba jugando conmigo.

Pero… ¿Quién?

Tenía que ser alguien con mucho, muchísimo dinero, para

gastarse en montar una broma tan increíble como aquélla, tan increíble y tremendamente costosa.

Habían construido naves industriales en el desierto, helicópteros para desplazar sus elementos, tanquetas, ejércitos, palacios hindúes con anfiteatros, aviones antiguos, islas desiertas… y sobre todo «extras». Miles de «extras» disfrazados de todo lo imaginable: de locos indios, de soldados japoneses, de beduinos…

¿Quién podía montar un escenario semejante para una película que nunca iba a filmarse?

No me acudió más que un nombre a mi cabeza. ¡Sólo uno!

Y no podía ser otro: ninguno de mis enemigos se hubiera molestado en hacer tanto teatro para matarme, y ninguno de mis amigos, tenía dinero para gastarme una broma tan costosa.

Sólo podía ser una persona: Sam J. Crane III.

«Sam J», para los amigos.

El millonario que me había llamado a mi casa de New York para encargarme un trabajo y que se había sentido tan «despechado» porque yo no hubiera aceptado su proposición.

¡Seguro que era él!

Recordé que, cuando hablamos por teléfono, le había hecho mucha ilusión descubrir que yo tenía sentido del humor. Y ahora había empezado la conversación de la misma manera.

De acuerdo. ¡Aceptaba el reto! Si le gustaban las bromas, le iba a dar unas cuantas…

Un par de individuos con batas blancas, se acercaron hasta mí. Iban armados con termómetros, fonendoscopios, aparatos para medir la tensión y demás armas que la sociedad permite usar a los matasanos.

Mientras uno de ellos se dedicaba a enchufármelos, el otro iba apuntando todo lo que decía el primero.

Cuando todas mis constantes vitales quedaron anotadas, el del bolígrafo arrancó con sus preguntas:

—¿Enfermedades infecciosas?

—Algunas: tifus, tétanos, sífilis, viruela, poliomielitis, gonorrea, difteria, fiebres de malta, tuberculosis…

No las apuntó todas. Levantó la vista del papel en la quinta, y me miró fijamente.

—Estoy hablando en serio. —Dijo con cara de asco.

—Yo también. De los aventureros sólo se sabe la parte positiva: viajes, mujeres, alcohol, peleas… pero, en el fondo, nuestra vida es muy dura.

Yo intentaba ganar tiempo a cualquier precio. Tiempo para que se me ocurriera algo que me permitiera tomar la iniciativa.

El del bolígrafo, a indicación de su compañero, estaba soltándome uno de los brazos para tomarme la tensión.

Tosí en su cara.

El médico dio un respingo, convencido de que en una tos mía, debían de hallarse virus suficientes para dejar en estado de coma a un elefante en pocos segundos.

Era lo que yo estaba esperando.

Con el brazo libre agarré al otro médico y lo atraje hacia mí. Lo solté un momento. Un pequeño momento suficiente para descerrajarle un golpe en la nuca que le dejó sin sentido, luego liberé mi segundo brazo.

Trabajé a toda velocidad: mis piernas y mi cuello pronto estuvieron libres. Y yo salté hacia una de las escaleras que conducía al «primer» piso.

Las sirenas comenzaron a sonar, pero yo era muy consciente de que todo aquello era un juego. De no haber sido así, hace rato que habría muerto en alguna de mis anteriores «reencarnaciones».

Lo primero con lo que tropezaron mis ojos fue con un extintor. No demasiado grande, ya que no mediría más de setenta y cinco centímetros, pero sí lo suficiente para mis propósitos.

Lo blandí con un brazo y comencé a golpear con él todo lo que encontraba a mi paso: pantallas de TV, complicadísimos terminales de ordenador, instalaciones electrónicas…

—¡«Ivan Joe»! —Gritaba yo a los cuatro vientos—. ¡Soy «Ivan Joe»!

Varios miembros del equipo de seguridad comenzaron a correr hacia mí por las escaleras, y desde la planta baja.

Tomé un trozo de cable del suelo, y lo blandí como un látigo hasta que se enrolló en la grúa central.

—¡Y ahora… Indiana Jones! —Exclamé mientras hacía restallar el látigo.

Después hice de «Tarzán» en las lianas, de «Robín Hood», de «El Profesor Chiflado», de «Billy el Niño», de «El Corsario Negro»…

pero cuando más disfruté fue cuando jugué a «Moby Dick» empujando un pesado container, contra el ordenador central de todas aquellas instalaciones.

A continuación hube de convertirme en el «Hombre Invisible».

Y lo hice en una de las habitaciones desde la que, por medio de aparatos de TV, se controlaba el movimiento de todo el personal del «plato».

Aprovechando que la sala se halla sin ocupantes me encerré en un armario empotrado que había a las espaldas de la silla vacía, donde debería de sentarse el individuo que controlaba los aparatos de TV.

Y esperé.

Pronto llegó un tipo que se dedicó a ponerse en contacto con todos los equipos de seguridad.

—Grupo A: no olvidéis de inspeccionar las toberas. Grupo F: los almacenes laterales ya han sido revisados por el grupo C, Grupo H: Sam J. quiere veros en su despacho.

¡Sam J.! ¡Había acertado!

Tanteé con mis manos sobre la repisa que había en mis espaldas, y no encontré más armas que unas tenazas. Las cogí convencido de que sabría encontrarles utilidad.

Salí precipitadamente del armario y agarré al tipo de las TV por el cuello.

—¡Rápido! Da una contraorden al grupo H, y llévame a mí hasta el despacho de Sam J.

No parecía muy dispuesto a colaborar, pero un par de puñetazos en el estómago le convencieron de lo contrario.

Nadie se fijó en nosotros mientras avanzábamos por los pasillos. Después tomamos un ascensor y subimos hasta el cielo: hasta el despacho de Sam J.

Aquello era una fortaleza: las puertas de caoba estaban blindadas, los cristales eran anti-balas…

Cuando Sam J. abrió la puerta a su sicario, lo aparté de un empujón y entré a su interior.

El millonario me miró con gesto desencajado, mientras yo cerraba la puerta.

—Todo ha sido una broma… mi amigo Oliver Hodgson me indicó que la mejor forma para contratarle a usted era la de ser

imaginativo… plantearle un problema de difícil solución… ¡También me dijo que usted era una persona que nunca rehuía un reto…!

En todo lo que iba diciendo, tenía razón. Yo soy de esa raza de gilipoyas que no sabe ver un problema sin meterse en él. Pero de eso, a lo que me había hecho Sam J…

—Compréndame, quise fabricarle una aventura ingeniosa, que excitase su imaginación… —Intentaba explicarme el millonario—. He hecho un guión que es un homenaje a todos los héroes de la aventura…

—Falta uno. —Dije yo mientras sacaba las tenazas del bolsillo—. ¿Ha oído hablar de «El Dentista Sádico»? Es un personaje de cómics que…

Lo até a su mesa con el cable del teléfono.

—Sólo era un juego… —Repetía una y otra vez—. Sólo era un juego.

Le coloqué una grapadora entre los dientes para que no pudiera cerrar la boca.

Y yo también jugué.

Al «Dentista Sádico».

Cuando salí de su despacho, Sam J. estaba inconsciente, Y, alrededor de su cuello lucía un hermoso collar hecho con todos sus dientes y sus muelas…

EPÍLOGO

Mientras ejecutaba todos los «gags» del «Dentista Sádico», Sam J. me fue informando de que todas mis «aventuras» habían transcurrido en escenarios naturales, con extras del país… que el «guión» de mis peripecias lo había escrito cierto famoso guionista de Hollywood (cuyo nombre prefiero no dar aquí) que espero encontrarme algún día cara a cara…

También me dijo que había resuelto el caso demasiado rápidamente, ya que todavía me tenían preparados unos cuantos «gags» más: el castillo embrujado, convertirme en cebo humano para la caza del tiburón, ser secuestrado por un ovni y llevado a otra galaxia…

Me contó que los periódicos en los que se hablaba de mis fechorías eran falsos, que nunca había estado en el Pentágono…

Y me ofreció dinero, mucho dinero, porque le perdonara los pocos dientes que le quedaban.

Eran muy pocos, así que decidí terminar lo que había empezado, desestimando su oferta financiera.

¡NUNCA DEJO LAS COSAS A MEDIO HACER!

Después me hice con un uniforme y salí de las instalaciones.

Estaba en las afueras de Chicago, en un sitio muy adecuado para coger un taxi que me llevara al aeropuerto y desde allí, perderme en el lugar más oculto del mundo, en un pueblo donde no pudieran localizarme los perros de presa que Sam J. iba a lanzar tras de mí.

Estaba seguro de que todo el dinero que me había ofrecido y que yo rechacé, y mil veces más, lo iba a invertir en localizarme y seguir jugando a gastarme «bromas». Pero esta vez, pesadas.

Un ejército de mercenarios asesinos iba a salir en mi búsqueda en muy pocas horas.

Mi cabeza tendría un precio… ¡Y muy alto!
Tenía que localizar algún lugar que nadie conociera.
Y elegí un pequeño poblado en Irlanda llamado Innishgal.
Un lugar donde nunca pasaba nada.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase: «Recuerde el arma dormida», número 17 de esta colección. < <

[2] Mary Lou Foxworth ha participado conmigo en dos aventuras: «La maldición de los mil siglos» y «Camelo-T», números 3 y 15 de esta colección. < <

[3] Cobra es otra vieja amiga, que se dedica a hacer «*strip-tease*» acompañada de panteras, tigres y demás animales domésticos. He tropezado con ella en dos ocasiones; son los números 2 y 17 de esta colección, y llevan por título: «El diente de perro» y «Recuerde el arma dormida». < <